



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales

Intelectuales y redes culturales en democracia

Tesis

que para optar por el grado de
Maestra es Estudios Políticos y Sociales

presenta

Paola Patricia Vázquez Almanza

Tutor

Dr. Roger Bartra Muria

Instituto de Investigaciones Sociales

México, D. F., junio 2014



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi familia por su amor y apoyo.

A Víctor Hugo por el amor y luz que trae a mi vida.

A Alma, por ser siempre “mi persona”.

Go, go, go, said the bird: human kind
Cannot bear very much reality.
Time past and time future
What might have been and what has been
Point to one end, which is always present.

T.S. Eliot, *The Four Quartets*

Índice

Introducción.....	p. 6.
Capítulo 1. Breve historia de la figura del intelectual.....	p. 13.
1.1. El intelectual-legislador y la modernidad.....	p. 15.
1.2. Un concepto de intelectual en tránsito.....	p. 17.
1.3. La posmodernidad.....	p.18.
1.3.1. La mercantilización de la cultura/conocimiento.....	p. 21.
1.3.2. Especialización y profesionalización intelectual.....	p. 24.
1.3.3. P. 27.	
Capítulo 2. El intelectual y el clima democrático.....	p. 31.
2.1. Dewey, Lippman y los intelectuales.....	p.31.
2.2. Estandarización y democracia.....	p.34.
2.3. El clima democrático y el silencio intelectual.....	p.38.
2.4. Corrección política y teoría social.....	p. 39.
2.5. El campo intelectual políticamente correcto.....	p. 42.
2.6. Los costos de la corrección política.....	p.49.
Capítulo 3. Por una crítica democrática de la democracia.....	p. 53.
Conclusiones.....	p. 65.
Permanencias. La falsa desustancialización y despolitización del intelectual....	p. 65.
Cambios. La tirante y conflictiva relación entre la democracia y la cultura.....	p. 68.
Indicios.....	p. 71.
Bibliografía.....	p.74..

Introducción

En las últimas décadas se ha experimentado en distintos niveles, grados e intensidades un empobrecimiento de la vida pública en las sociedades contemporáneas como lo ha planteado Richard Sennett en *El declive del hombre público*. Este decaimiento de lo público tiene reflejos en la esfera cultural y política, afectando indudablemente a la figura del intelectual, el diálogo y el debate que suelen generarse dentro del espacio cultural. Para comprender la transformación en curso de la esfera cultural es necesario situar a la figura del intelectual en una perspectiva de largo plazo, un punto de vista que facilite la observación de redes e interdependencias, un enfoque que permita reparar en las continuidades, así como en los cambios del intelectual.

Con cierta regularidad se pronostica la crisis/muerte de una serie de cosas (de los partidos políticos, de la ideología, de la novela, de la política, de lo público, etc.), entre las cuales también figura el intelectual. Dicha afirmación de inminente muerte/crisis/fin del intelectual parece ser más un tema de charla que de disertación formal, sin embargo, es una opinión establecida y documentada. A mi parecer la figura del intelectual no está por desaparecer, quizá se encuentre en un proceso de cambio, tránsito o transformación, pero esto no implica su desaparición. Es cierto que formas y funciones particulares del intelectual han mutado, e incluso algunas han desaparecido, pero este fenómeno corresponde al propio periódico histórico y al pensamiento de la época que marca bajo qué condiciones ha de vivir el intelectual.

El estudio del “declive” de los intelectuales no es nuevo, ya diversos autores se han dedicado a su investigación y han focalizado su atención en la idea de “transformación” o “crisis”. Quienes siguen esta línea de declive, por ejemplo Zygmunt Bauman o John Donatich, contemplan tres posibles causas de dicho “declive” del intelectual: 1) el arribo de la posmodernidad, 2) la mercantilización de la cultura y 3) la profesionalización y especialización dentro del campo intelectual. Pero estos trabajos, además de no abarcar y explicar completamente la

metamorfosis del intelectual, han sido ciegos a las permanencias y continuidades del papel del intelectual en las sociedades contemporáneas.

Al no ser las tres variables comentadas arriba suficientes para explicar la figura del intelectual contemporáneo, teóricos como Jeffrey C. Goldfarb y Ralf Dahrendorf han incluido como variable en el análisis la instauración de la democracia, reconociendo así la novedad y excepcionalidad del régimen democrático en la mayor parte del mundo. Pero estos autores no hacen una cartografía amplia, de larga data de la historia intelectual e inevitablemente llegan apresuradamente a dos distintas conclusiones, incluso opuestas, sobre la función del intelectual:

1) En las sociedades democráticas no hacen falta intelectuales, no han de perdurar debido a la paulatina apertura del espacio público a nuevos actores sociales y a la libre circulación de información.

2) Los intelectuales en democracia han de limitar sus funciones al soporte, apoyo y fomento del *status quo*. La desaparición de los totalitarismos y autoritarismos en gran parte del mundo hace innecesaria la labor crítica que cumplían los intelectuales.

Los trabajos mencionados, pese a intentar darle un enfoque distinto al estudio de los intelectuales, continúan presentándonos a un intelectual gris, apocado y fútil, sin realmente percatarse del papel relevante que el intelectual conserva dentro de las sociedades democráticas. Una visión tan inmediata del fenómeno me parece errónea, pues considero que para comprender la figura del intelectual es necesario tener en mente su larga historia. El concepto de intelectual se debe pensar como algo cambiante, dinámico e histórico, sólo así se pueden evitar las tajantes sentencias de muerte y decadencia.

Insistir en las permanencias del papel del intelectual me aparta así de la idea de su inexorable desaparición o desustancialización, llevándome a buscar la importancia capital y vigente del intelectual. Entonces, ¿cómo voy a estudiar a los

intelectuales? Lo haré introduciendo al análisis la variable de la democracia, pero entendiéndola no sólo como un régimen político, sino también como un “clima” que tiene efecto en los hábitos, actitudes, códigos, valores, pautas, expectativas e ideas de la sociedad. Este conjunto de reflejos que tiene la democracia en la sociedad permiten percibir con cierta nitidez los cambios y permanencias en la esfera cultural.

Los cambios y permanencias que me interesa observar en la esfera cultural, colocados en una perspectiva de larga data como la que sugiero, están íntimamente relacionados con cierta variación reciente en el sentido, fines y objetivos de la vida. No es descabellado pensar que con la instauración de la democracia, paulatinamente, nuestros objetivos colectivos y personales, así como los medios para alcanzarlos, han variado. Los temas de la autorrealización y del desarrollo de las capacidades individuales tratados por Ronald Inglehart¹ y Amartya Sen² son pruebas de ello.

La fama y la posteridad, por ejemplo, significaron para nuestros antepasados cosas muy distintas que para nosotros. Actualmente los intelectuales se preocupan y escriben menos sobre la idea de la “posteridad”, mientras que para alguien como Jean-Jacques Rousseau o José Cadalso era un tema propio de la vida intelectual. La idea de posteridad era cardinal e implicaba trabajo, disciplina y sacrificio, incluso cuando no había garantía de conseguir la soñada fama póstuma. “Trabajar en un siglo para gozar en otro”, escribía Rousseau.

En épocas anteriores se admiraban y seguían conceptos e ideas como la razón, el honor y la verdad, nociones que con el paso del tiempo se han visto sustituidas por otras como son la libertad como autorrealización, autodeterminación o calidad de vida. Y aunque generalmente se piense que estas ideas difícilmente tienen efectos en la vida cotidiana de las personas y en la forma en la que se piensa al mundo, Keith Thomas da cuenta del impacto que estos

¹ Ronald Inglehart, *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics*.

² Amartya Sen, *Development as Freedom*.

“fines de la vida” tienen en la sociedad³. Si pensáramos en ejemplos otorgados por la literatura, en la novela *Los duelistas* de Joseph Conrad se ilustra con maestría, a través de la historia de dos oficiales del ejército napoleónico, el impacto que un concepto tan abstracto como el de “honor” puede tener en la vida cotidiana de las personas. Por tanto, no resulta extraño que me interese estudiar los efectos que tiene la democracia en los hábitos, códigos, actividades, objetivos y sentidos de la vida contemporánea, así como la influencia que tiene dentro de la esfera cultural.

Antes de dar inicio a mi tesis considero necesario aclarar un par de cuestiones. Primero, en esta tesis busco no caer en una postura pesimista o conservadora, sólo intento dar cuenta a profundidad de las implicaciones del cambio cultural en las sociedades democráticas. Lo escribo también consciente de que soy hasta cierto punto injusta al comparar a los mejores intelectuales del pasado con el promedio de los intelectuales contemporáneos; resulta injusto puesto que el tiempo suele encargarse de filtrar y eliminar a los pensadores mediocres del pasado como anota Richard A. Posner⁴. Sé que no ha existido una edad de oro de la cultura antes de la cultura de masas, también reconozco que la nostalgia y el pesimismo cultural son peligrosos, y en esta tesis procuro no caer en sus redes.

En segundo lugar, mi perspectiva y conceptos son bastante amplios, y me he servido de la flexibilidad de análisis que me proporcionan para alejarme un poco de los estudios más frecuentes sobre intelectuales. Los enfoques anteriores han demostrado ya su ineficiencia, por ejemplo, un estudio empírico reciente sobre intelectuales australianos indicó la falibilidad de la hipótesis posmoderna de Baudrillard de que la cultura flota libre e independientemente de la base o el aspecto material y económico de la sociedad⁵. Con una muestra de 500

³ Keith Thomas, *The Ends of Life. Roads to Fulfilment in Early Modern England*.

⁴ Richard A. Posner, *Public Intellectuals: A Study of Decline*.

⁵ Jean Baudrillard, *The Mirror of Production*.

intelectuales australianos, R.W. Connell y June Crawford⁶ comprueban que la idea de una circulación libre y despolitizada del conocimiento es falsa, y dejan muy claro que la política sigue estando muy ligada a la cultura. En cuanto a la idea de la irrelevancia del intelectual, en otro trabajo reciente de Gil Eyal y Larissa Buchholz⁷, ambos profesores de la Universidad de Columbia, se evidencia que los intelectuales en lugar de desaparecer han aumentado en número y siguen jugando un papel clave en las sociedades democráticas.

Lo que me importa es dejar en claro con estos ejemplos es que un estudio de los intelectuales en el siglo XXI debe ser diferente a los estudios clásicos. Conforme el objeto de estudio ha cambiado, deben cambiar las preguntas y las herramientas conceptuales. Sobre todo por lo que ha implicado la democracia en los hábitos, códigos, pautas y expectativas de las sociedades contemporáneas.

Esta tesis tiene como finalidad analizar a la figura del intelectual en la democracia, tomando en cuenta tanto sus transformaciones como sus continuidades y permanencias. Intentaré así comprobar que, contra muchos diagnósticos, el intelectual no ha desaparecido y que, por el contrario, juega un papel sumamente político en la sociedad contemporánea.

En función del objetivo de mi trabajo dividiré la tesis en tres capítulos que resultarán funcionales para comprobar mi hipótesis. El primer capítulo cumple una labor introductoria y se concentra en rastrear el vínculo democracia-intelectual dentro de la teoría social, evidenciando la importancia que tiene discutir esta tensa relación. En el segundo capítulo el lector encontrará el núcleo teórico de la tesis, el cual dará pie a que en el tercer capítulo se vinculen las reflexiones teóricas con ejemplos específicos de nuestra realidad concreta. En el tercer capítulo no se agota la discusión de los problemas ahí planteados, pues su fin es ser la bisagra que une la reflexión teórica con la realidad social. De esta manera se prueba la utilidad de lo discutido a nivel teórico en la interpretación de hechos y fenómenos

⁶ R.W. Connell y June Crawford, "Are we postmodern yet? The cultural politics of Australian intellectual workers".

⁷ Gil Eyal y Larissa Buchholz, "From the Sociology of Intellectuals to the Sociology of Interventions".

concretos. Esta tesis en su conjunto pretende así dar los lineamientos teóricos básicos para estudiar y analizar casos particulares de la realidad cultural de nuestras sociedades democráticas.

A continuación presento un esquema más completo del contenido de cada uno de los capítulos que conforman mi tesis.

- *Capítulo 1. Breve historia de la figura del intelectual.* Este primer capítulo sigue la marcha de los intelectuales a lo largo de la historia para conocer sus distintas facetas y funciones. En este capítulo se podrá comprobar la historicidad del concepto de intelectual a partir de una perspectiva de larga data que ilumine cómo cada contexto histórico define y modela el tipo de intelectual que hay en la sociedad, asimismo, se demostrará cómo el contexto influye en el tipo de vínculo que se establece entre el campo intelectual y el político. El concepto de intelectual aquí se comprende como un concepto histórico, en tránsito y que ha experimentado cambios con la reciente instauración de la democracia. La finalidad de este capítulo es, a partir de un análisis de la historia del intelectual, establecer unos primeros hilos conductores entre la democracia y la transformación de la figura del intelectual contemporáneo.
- *Capítulo 2. El intelectual y el clima democrático.* A partir del debate entre John Dewey y Walter Lippman en torno a la opinión pública, se analizan los dilemas culturales de la democracia para definir dónde y por qué se dio el cambio en la figura del intelectual con la instauración de la democracia. Desde estas reflexiones clásicas se retoma la hipótesis de que la democracia ha influido en la figura del intelectual y se analiza el contexto que ha propiciado cierto tipo de intelectual, así como los efectos que tiene en la teoría y en el campo intelectual en general. Analizo específicamente las nociones de relativismo y multiculturalidad, y cierro el capítulo con la discusión entre Axel Honneth y Zygmunt Bauman sobre la redistribución y el reconocimiento, con el propósito de destacar la vigencia del intelectual en

las sociedades contemporáneas y el carácter político que conserva la labor intelectual.

- *Capítulo 3. Por una crítica democrática de la democracia.* En este capítulo, se objeta la supuesta falta de ideologías en las sociedades democráticas y se insiste en los efectos e inconvenientes de dicha idea. Entre los efectos se encuentran las nuevas formas de hacer política que se enfocan más en las libertades y derechos individuales que en los colectivos, lo cual influye en el tipo de imaginario político que se construye en nuestras sociedades. También, después de haber planteado la vigencia e importancia del intelectual en la democracia, se sugiere la necesidad de realizar una crítica a la democracia y a la cultura de masas. Estas críticas se presentan como ineludibles, pues sirven para comprender mejor las tensiones que genera la democracia en la esfera cultural y otros espacios de la sociedad, así como para fomentar el debate público de temas apremiantes que tienen trascendentes efectos a corto y largo plazo para la sociedad.

Por último, en las conclusiones se señalan los resultados principales del trabajo y se presentan diversas derivas del tema que son útiles para repensar los problemas del campo cultural e intelectual en las sociedades democráticas.

El primer capítulo de esta tesis cumple unaEl núcleo teórico de la tesis yace en el segundo capítulo de mi trabajo,

Capítulo 1. La figura del intelectual

En este capítulo realizo un breve recorrido por la larga historia del intelectual para explicar las diversas facetas de esta figura y explicar cómo su contexto marcó su función, la imagen que tenía la sociedad de ellos, el tipo de relación que establecían con otros campos sociales y la noción que ellos mismos tenían de sí. Parto desde una descripción del intelectual en la Ilustración para llegar al intelectual en las sociedades democráticas y analizar el supuesto “decaimiento” o “crisis” del intelectual.

La figura del intelectual ha estado presente en las sociedades humanas desde la Antigüedad, y a pesar de sus inevitables cambios a lo largo de la historia, sigue interpretando un papel clave en nuestras sociedades contemporáneas y proporciona pistas invaluable sobre el carácter, necesidades y problemas de éstas. A pesar de que la palabra *intelligentsia* fue acuñada en el siglo XIX por el escritor ruso Borbokin, específicamente para referirse a los críticos del régimen zarista, muchas figuras de la Antigüedad y el Medievo encajan en lo que hoy entendemos por intelectuales. En 1955, Raymond Aron⁸ argumentaba que en todas las sociedades han existido escribas, letrados, artistas y expertos. De igual manera, Norbert Elias⁹ identifica a los sacerdotes de la Antigua Sumeria y Egipto como antepasados del intelectual contemporáneo.

Al decrecer la capacidad de la iglesia de monopolizar y construir las visiones del mundo, la figura del intelectual ha ocupado un lugar primordial dentro de la sociedad. En la historia moderna se encuentran múltiples ejemplos que nos permiten afirmar que el intelectual ha sido el encargado de interpretar la realidad, de establecer algunos medios de orientación en el mundo y de re/producir ciertos elementos del universo simbólico de la sociedad. Debido a este importante y complejo papel, los intelectuales han establecido ineluctablemente relaciones tirantes y complicadas con otros campos sociales como el económico y el político.

⁸ Raymond Aron, *El opio de los intelectuales*.

⁹ Norbert Elias, *Conocimiento y poder*, p. 66.

Estas relaciones transmutan y se vuelven confusas. Por ejemplo, a lo largo de la historia el intelectual ha sido algunas veces heterodoxo y otras ortodoxo, orgánico e independiente a la vez. Para comprender la abigarrada función y lugar del intelectual es útil recordar que la noción del intelectual y la idea de distanciamiento e involucramiento de éste, dependen principalmente de cada momento histórico, varía en algunas cosas y continúa en otras, según la época. El concepto del intelectual es entonces cambiante, dinámico, histórico.

Si partimos del entendido de que los conceptos son históricos, entonces se puede plantear que desde finales del siglo XX a la fecha la noción de intelectual ha cambiado sustancialmente en algunos aspectos. Entre los factores que han provocado este cambio podemos enlistar los siguientes: La especialización, la profesionalización, la lógica de mercado, el crecimiento de la industria cultural de masas, la desorientación y la reestructuración que ha implicado la desaparición de las utopías que dominaron a mediados del siglo XX, la instauración de la democracia y el desarrollo de los medios de comunicación.

En cuanto a la democracia, se puede decir que su instauración como forma de gobierno ha supuesto el cambio social en diversas formas. La democracia, es así analizado y aceptado, puede visualizarse como la causa de diferentes transformaciones. El cambio en la organización y funcionamiento de los partidos políticos, en las formas de la representación política, en la configuración misma del Estado son considerados como efectos del impulso de la democracia. La estructura misma de valores sociales habría cambiado también como producto del advenimiento de la democracia.

Esta última hipótesis, la del cambio de los valores, es sostenida por autores como Ronald Inglehart o Pippa Norris. La de la metamorfosis en las formas y contenidos de la representación política es una hipótesis de Bernard Manin. Igualmente la idea de transformación de los partidos políticos ha sido trabajada por Russell Dalton, Richard Katz y Peter Mair. En ese conjunto de hipótesis plausibles que identifican a la democracia como causa de los cambios sociales, se

podría incluir la hipótesis de que las mutaciones y evoluciones recientes de los intelectuales son también un efecto de las dinámicas de la democracia, de su capacidad de incidir en la producción de transformaciones varias. La democracia, no en balde, ejerce una presión en los actores y estructuras sociales que precisan adaptarse a los desafíos y compromisos que la democracia demanda.

Sin embargo, la relación distinta que los sucesos antedichos provocan entre el intelectual y la política, economía y sociedad en general, no ha significado del todo la desaparición o declive que muchos autores han argumentado, pues los intelectuales siguen teniendo una importancia capital al momento de interpretar nuestra sociedad y sus problemas. Quizá simplemente se han transformado las formas más visibles en las que se concebía al intelectual. El siguiente apartado hurgará en los cambios, adaptaciones, permanencias y singularidad más evidentes de las funciones y nociones del intelectual.

El intelectual-legislador y la modernidad

Jean-Jacques Rousseau en el *Contrato Social* determinó que para descubrir las mejores reglas de la sociedad sería necesario un individuo extraordinario, una “inteligencia superior que viese todas las pasiones de los hombres sin experimentar ninguna; que no tuviese ninguna relación con nuestra naturaleza, conociéndola a fondo”¹⁰. Este ser extraordinario sería el legislador, “aquél capaz de prepararse una gloria lejana en el devenir de los tiempos, trabajando en un siglo y gozando en otro”¹¹. Aunque no haya sido la intención de Rousseau depositar la tarea de “legislador” en manos de los intelectuales, en la Modernidad la concepción de intelectual se ha vinculado constantemente con la tarea de ser “legislador”, faro que guía a la sociedad y desentraña la naturaleza humana para comprenderla y mejorarla. Al intelectual-legislador se le atribuía una inteligencia que lo separaba del resto y por tanto “flotaba por encima de la sociedad”, como lo

¹⁰ Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*, p. 39.

¹¹ *Ídem*.

frasearía Karl Mannheim retomando a Alfred Weber¹². Dicha característica atribuida al intelectual se puede comprender mejor si se le ubica dentro del contexto en el que surgió el proyecto de la Ilustración.

En los escritos de Emmanuel Kant reunidos bajo el título de *Filosofía de la Historia*¹³ encontramos un esbozo del proyecto de la Ilustración; *grosso modo*, Kant anota que la emancipación de la humanidad se alcanza a partir del uso público y extendido de la Razón. A partir del proyecto de la Ilustración se consideraba plausible que las personas comprendieran el universo mediante la razón y la investigación científica. Dentro de este esquema, el intelectual (como filósofo, legislador o científico) sería el encargado de descubrir las leyes naturales y sociales que sirvieran para descifrar el funcionamiento del mundo, y así trazar como meta la creación de una sociedad racional y “mejor”. Arropado por estos principios el intelectual gozó de gran prestigio y fue aceptado como el encargado de movilizar y dirigir la opinión pública, así como de ordenar, según su importancia y urgencia, los temas a discutir dentro del espacio público con el fin de beneficiar a la sociedad.

En vano sería tratar de sintetizar aquí la importante marcha de los intelectuales modernos, pues han sido miles las páginas que se han dedicado a su puntillosa recreación y documentación. Aquí sólo quisiera agregar una reflexión de Alexis de Tocqueville sobre los principales actores dentro de la Revolución Francesa, ya que estas líneas permiten entrever el incuestionable papel que tenía la intelectualidad en la Modernidad, y ofrecen otra cara de la percepción de intelectual que actualmente impera.

“No hubo pasión pública que no se disfrazara de filosofía; la vida política refluó violentamente hacia la literatura, y los escritores, tomando en sus manos la

¹² En mi tesis de licenciatura realicé una cartografía de la literatura sobre la figura del intelectual en la que desarrollé tres de las principales nociones y características con las que se ha identificado al intelectual en función de su supuesto nivel de compromiso o involucramiento con la sociedad dentro de la teoría social: 1) Hombre de ideas, 2) Re/productor de bienes simbólicos y 3) Ser crítico. Véase, Paola Vázquez, *Intelectuales, conocimiento y poder*.

¹³ Emmanuel Kant, *Filosofía de la Historia*.

dirección de la opinión pública, se encontraron por un momento en el lugar que suelen ocupar los jefes de partido en los países libres. *Nadie se hallaba en posibilidad de disputarles ese papel*¹⁴.

Si los nuevos tiempos provocan nuevos discursos, políticas y actores, parece ser que los intelectuales no son la excepción. Veamos algunas de las transformaciones económicas, políticas, culturales y sociales que han puesto en picota a la propia definición e identidad de los intelectuales.

Un concepto de intelectual en tránsito

Libros de reciente publicación, algunos de divulgación, otros académicos, parecieran presentarnos pistas y evidencias sobre la interesante crisis de los intelectuales. He aquí algunos de esos títulos: *Last Intellectuals* de Russell Jacoby, *Where Have All Intellectuals Gone?* de Frank Furedi, *¡Qué se mueran los intelectuales!* de Armando González Torres, *Operación Cultura o cómo convertirse en un intelectualillo* de Corinne Maier, entre otros. Es interesante cómo estos textos plantean ya sea una retirada, declive, irrelevancia o ausencia de los intelectuales en la sociedades contemporáneas. En el cine y en la literatura también se puede seguir a una intelectualidad bastante empequeñecida, apenas tomada en serio en estos tiempos de Wikipedia y Twitter. Parece sintomático del actual clima intelectual que en la “trilogía de la universidad”¹⁵ de David Lodge encontremos a unos intelectuales muy diferentes a los que eran presentados en cuentos y novelas de James Joyce o Thomas Mann. En Lodge, a diferencia de los desternillantes pero cariñosos relatos de Tom Sharpe, vemos a unos intelectuales súper especializados, profesionales de dudosa probidad, más preocupados por el dinero, la fama inmediata, el plagio exitoso y otras banalidades que por la cultura o el conocimiento en sí.

Para comprender este giro es preciso recordar cómo con el advenimiento del siglo XXI y las transformaciones que le han acompañado, la figura del

¹⁴ Alexis de Tocqueville, *El antiguo régimen y la revolución*, p. 253. Las bastardillas son mías.

¹⁵ La trilogía de David Lodge sobre la universidad está compuesta por: *Intercambios* (1975), *La vida es un pañuelo* (1984) y *Buen trabajo* (1988).

intelectual, su función y relación con los campos político, económico y social, se han modificado sustancialmente.

Desde hace aproximadamente tres décadas se viene declarando la muerte, decadencia, crisis y enfermedad de la figura del intelectual. Las razones de dicho decaimiento, argumentan y explican algunos teóricos, son básicamente tres: 1) el arribo a la posmodernidad, 2) el desarrollo de una industria cultural de masas (mercantilización de la cultura), y 3) la especialización y profesionalización dentro del campo intelectual. A continuación expondré breve y esquemáticamente dichas explicaciones del “decaimiento” intelectual, con el fin de evidenciar la urgencia de explorar nuevas explicaciones que nos permitan comprender nuestra realidad.

1) La posmodernidad

La transformación de la vida en el siglo XX, como anota Jeffrey Alexander¹⁶, permeó el mundo del pensamiento. La razón se experimentó como algo inconcebible e incluso indeseable. La posibilidad de que existiera “un fin” al cual la sociedad debiera dirigirse se puso en jaque, trayendo consigo al pensamiento posmoderno.

El diagnóstico que hace Zygmunt Bauman sobre la sociedad “posmoderna”, a pesar de tener momentos de gran lucidez, suele ser muy controvertido y en ocasiones endeble. Los planteamientos que sostienen el punto de vista filosófico de Bauman y otros teóricos de la posmodernidad,¹⁷ y que se han apoderado de buena parte de los estudios de la cultura, son: la idea de que no hay absolutos, de que un conjunto de valores son tan buenos y válidos como otros, de que no hay diferencia entre conocimiento y opinión, de que se agotaron los “metarrelatos” y de que no hay verdades que sirvan como puntos de orientación.

Me atrevo a afirmar que los planteamientos de los teóricos de la posmodernidad son en su mayoría frágiles y controvertidos, puesto que uno de

¹⁶ Jeffrey Alexander, *Fin de Siécle Social Theory: Relativism, Reduction, and the Problem of Reason*, pp. 6-64.

¹⁷ Jean Baudrillard, Hal Foster, Frederic Jameson, Douglas Crimp, Jean-François Lyotard, etc. Véase: Hal Foster, *La posmodernidad*.

sus pilares argumentativos, la idea de que se acabaron los metarrelatos, es un relato en sí mismo como escueta y claramente lo explica Niklas Luhmann¹⁸. Evidentemente, las ideas sobre la posmodernidad han significado una interesante contribución a la teoría social a pesar de no llegar a ser una teoría de alcance medio. Jeffrey Alexander ejemplifica las aportaciones de dicha teoría en *Fin de siècle Social Theory*.

Ahora bien, llevando la teoría de la posmodernidad a la reflexión de la figura del intelectual, veamos a continuación lo que nos desarrolla Bauman sobre los intelectuales. Para Bauman, la metáfora del "legislador" es lo que mejor distingue la estrategia típicamente moderna del trabajo intelectual. El papel moderno del intelectual consistiría en "hacer afirmaciones de autoridad que arbitran en controversias de opiniones y escogen las que, tras haber sido seleccionadas pasan a ser correctas y vinculantes"¹⁹. En contraste, es la metáfora de "intérprete" la que caracteriza la estrategia típicamente posmoderna del trabajo intelectual. El intelectual como intérprete, siguiendo a Bauman, "traduce enunciados hechos dentro de una tradición propia de una comunidad, de manera de que puede entenderse en el sistema de conocimiento basado en otra tradición"²⁰.

No es mi objetivo discutir aquí a profundidad cada una de las implicaciones de la perspectiva de Bauman. Para el propósito de esta tesis será suficiente preguntarse lo siguiente: si el intelectual es únicamente un intérprete y traduce enunciados de una tradición a otra, ¿qué permitiría jerarquizar y dirigir la discusión en beneficio del debate público y la oportuna búsqueda de soluciones a los problemas de una sociedad? Esta pregunta es importante, sobre todo si se recuerda que, como escribió John Stuart Mill, sólo a través de la confrontación colectiva de las ideas se descubre la verdad. ¿Cómo entonces el intelectual-

¹⁸ Niklas Luhmann, "La así llamada posmodernidad", p. 906.

¹⁹ Zygmunt Bauman, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, p. 20.

²⁰ *Ídem*.

intérprete de Bauman proporciona las circunstancias necesarias para que haya una discusión pública provechosa si sólo se dedica a traducir y amoldar ideas para que convivan en la sociedad sin necesidad de jerarquizar, discutir o argumentar? Desde esta perspectiva cualquier pretensión de validez es vista con recelo, pues se parte del supuesto de que la verdad es entelequia, y por tanto se concluye que ninguna verdad puede ser demostrada.

Estas suposiciones nos ponen en aprietos, pues, como apunta Victoria Camps, por mucho que supongamos que existe actualmente una libre y equitativa circulación de ideas sin manipulaciones de ningún tipo, “tendríamos que acabar diciendo que todas las opiniones tienen el mismo valor y, no sólo eso, sino que acabarán siendo más valiosas las que prevalecen o merecen más adhesiones. Es decir, que si las manifestaciones racistas o xenófobas se imponen, habrá que aceptarlas como expresión de la verdad.”²¹ Por tanto, no puede parecernos poco conflictiva y preocupante la noción relativista que se tiene de la verdad actualmente.

J.S. Mill encontraría muchos fallos en una visión de este tipo, pues para él la libertad de expresión y el debate no eran un fin en sí mismos, sino medios para mejorar la sociedad. Pero en un espacio de verdades relativas, la riqueza fruto de la reflexión y la argumentación se pierde gradualmente. Es por esto que el reducir el papel del intelectual al de “intérprete” hace casi imposible distinguir lo banal de lo sustancial, lo justo de lo injusto, lo necesario de lo innecesario, lo correcto de lo incorrecto, los fenómenos trascendentes de los fuegos de artificio. A diferencia del intelectual moderno que confeccionaba, organizaba y re/interpretaba los fenómenos sociales, el intelectual-intérprete posmoderno es un partícipe más en un interminable intercambio de opiniones donde acaba imponiéndose la más atractiva, la más espectacular o la más “novedosa”.

Puede que Camps radicalice la situación del intelectual y del debate en el espacio público, se puede pensar que J.S. Mill apostaba demasiado al debate

²¹ Victoria Camps, “El ejercicio cívico de la libertad de expresión”, p. 156.

público de las ideas como herramienta de mejora social, pero a pesar de eso, o quizá por eso mismo, iluminan una interrogante sobre la democracia: ¿cómo poseer medios de orientación 1) bajo un clima posmoderno que nos sugiere la inexistencia de la verdad y 2) en una democracia que rechaza, al menos idealmente, que una élite cultural jerarquice los temas a discutir dentro del espacio público?. Sobre esto se reflexionará más adelante, por el momento se avanzará en la segunda razón del ocaso del intelectual que desarrollan otros autores.

2) La mercantilización de la cultura/conocimiento

El conocimiento a partir del siglo XX, afirmaba Norbert Elias²², se ha transformado en una mercancía barata. Y actualmente lo que encontramos dentro de la esfera de lo público es un intelectual partícipe de la industria cultural de masas, que irremediamente ajusta su trabajo a dicha industria que se encuentra ahora más que nunca preocupada por el espectáculo y el entretenimiento.

Tomás Maldonado escribe que el intelectual desde el siglo XVI se ha preocupado por encontrar un medio de subsistencia que no comprometa del todo la autonomía de su pensamiento, y muchos de estos intelectuales encontraron en el periodismo una posibilidad de ganar dinero sin perder su relativa autonomía. En el siglo XVII Daniel Defoe consideraba que el periodismo no sólo era una manera digna de ganarse la vida, también era una actividad que motivaba la producción literaria²³. A sólo unos siglos de distancia de Daniel Defoe, el periodismo se ha convertido para muchos intelectuales en una estratagema para mantenerse en el mercado, para vender, “y no porque escriban en los periódicos que también lo hacen, sino porque su escritura tiene que tener la agilidad y la rapidez típicas del periodismo”²⁴. Pero este fenómeno no es del todo reciente, los reportajes -que datan del año 1800- a mediados del siglo XIX y finales del mismo fueron

²² Norbert Elias, *Conocimiento y poder*, p. 66.

²³ No todos los escritores pensaban como Defoe, por ejemplo, John Stuart Mill decía que para el oficio de la literatura en los periódicos “se necesita más afectación e hipocresía que para administrar un burdel.” Asa Briggs y Peter Burke, *De Gutenberg a internet. Una historia social de los medios de comunicación*, p. 229.

²⁴ Fernando Escalante Gonzalbo, *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*, p. 321.

elaborados de manera más rápida y ligera, ya que los directores de los diarios y revista obligaban a sus periodistas a escribir cada vez con menos palabras y con párrafos más breves²⁵.

Pero el problema con los medios de comunicación masiva, y en este caso con el periodismo, escribe Fernando Escalante, “es que los libros se venden, los artículos de prensa se pagan, los políticos otorgan premios y hacen homenajes”²⁶, circunstancia que anega a los intelectuales en la lógica de la industria del entretenimiento. Incluso en las cosas más básicas el intelectual se interna en dichas dinámicas de entretenimiento, pues gran número de sus escritos deben ajustarse a los formatos impuestos por directores de diarios y revistas: “si son novelas, suelen estar a medio camino entre el folletín y el reportaje; si ensayo, son versiones ampliadas de artículos de opinión; trazos gruesos, temas de actualidad, mucho sentido común”²⁷.

El tema de los intelectuales y los medios de comunicación masiva resulta de lo más interesante, no sólo porque se discuta el tema de la autonomía intelectual, sino porque se transparentan fenómenos como puede ser la instauración del *Star System* dentro del campo intelectual o la simulación de un mercado cultural democrático. Sobre esto último, basta recordar las cifras y nombres de los monopolios editoriales que nos proporciona Fernando Escalante en *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública* para comprobar que el mercado cultural no es del todo plural, desinteresado o democrático. En esta obra Escalante nos da números y nombres de las editoriales que han sido utilizadas para crear monopolios dentro del mercado editorial. Dicha creación de monopolios, dice Escalante, no es del todo visible porque los grandes grupos

²⁵ Y es que tanto las revistas como los diarios y las editoriales son empresas que organizan el tiempo y espacio con el que cuentan los periodistas para publicar. La empresa administra el número de páginas, el número de caracteres, el formato de los textos, las imágenes, los tiempos de entrega. En síntesis, todos los criterios a los cuales se deben apegar los escritos están previamente determinados por la empresa y sometidos, la mayoría de las veces, a la lógica del mercado. Incluso las editoriales académicas tienen presiones financieras para publicar ciertos libros que puedan venderse más allá del reducido mercado académico.

²⁶ Fernando Escalante Gonzalbo, *op. cit.*, p. 321.

²⁷ *Ídem.*

tienden a mantener los nombres de las viejas editoriales que absorben²⁸ (asimismo conservan algo de su diseño y de su línea tradicional de edición, los géneros o disciplinas con que los lectores pueden identificarlas, las colecciones, y con eso conservan también algo del prestigio de los viejos editores, aparte de ofrecer una ilusión de pluralidad).²⁹ De igual manera sucede con la industria del cine³⁰ y otros medios de comunicación.

Actualmente, debido a las transformaciones del espacio público (por ejemplo, que la celebridad otorgada por la televisión o las redes sociales sea la más significativa forma de reconocimiento), los intelectuales difícilmente pueden ocultarse en lo privado sin perder notoriedad o renunciar a la imagen de “líder de opinión” u “hombre exitoso”, que tan valiosa resulta en una sociedad en la que el “éxito” es todo.³¹ Otro hecho interesante es que el intelectual se ha convertido en un “opinólogo”, un “todólogo” que asiste a los programas de televisión para hablar de sus productos intelectuales, pero también para opinar sobre cualquier tema sobre el que se le pregunte, desde su vida personal, pasando por la política y la física, hasta los desastres naturales.

²⁸ El mercado de libros en la lengua española está controlado principalmente por cuatro grupos: *Grupo Planeta* (con control de 30% del mercado global), *Grupo Santillana*, *Grupo Anaya* y *Random House/Mondadori* (que a su vez es la filial española del consorcio alemán *Bertelsman*). Cabe destacar que estos grupos también son dueños o participan de otros medios de comunicación como periódicos y canales televisivos. Para un estudio detallado de los grandes grupos editoriales con cifras y nombres, revítese: Fernando Escalante Gonzalbo, *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*, pp. 199-244.

²⁹ Fernando Escalante Gonzalbo, *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*, p. 205.

³⁰ Román Gubern pone a discusión la pluralidad de la industria cinematográfica y del video al nombrar los grandes monopolios que controlan la producción, publicitación y distribución de películas a nivel mundial en su texto “El nuevo paisaje audiovisual. El eje de poder Los Ángeles-Tokio” en *El eros electrónico*, pp. 59-77.

³¹ Gabriel Zaid, a propósito de la vocación del escritor y la búsqueda de la celebridad, apunta: “Vivimos hoy en una cultura del éxito, y sería absurdo rechazarla como si pudiéramos vivir en otra. Es mejor rescatar lo que tiene de valioso. Por ejemplo: tomar en serio los propósitos, empezando por aclararlos. ¿Quiero cantar o salir en la televisión? ¿Pintar o ganar dinero? ¿Escribir o ser famoso? Cuando lo importante no es cantar, pintar o escribir, sino salir en la televisión, la prioridad está en aprender relaciones públicas, desenvoltura, vestuario, maquillaje, no en aprender el arte de la voz o la mano. El éxito se ha vuelto una vocación religiosa, indiferente a los oficios particulares. Lo importante es tener éxito, no importa en qué, o cómo. Lo cual es una devaluación del oficio y se presta a confusiones. El arte de escribir, pintar o cantar no es el arte de ser visto y volverse noticia. Si lo importante es el llamado divino a la apoteosis, puedes vivir sin escribir, pero no vivir ignorado por la televisión”. Gabriel Zaid, “Oficio y vocación”.

Discutir la mercantilización del conocimiento sirve para observar las transformaciones que este fenómeno provoca en la concepción del intelectual y su función. Y es que con la influencia que ha tenido la lógica de los campos económico (mercado) y político en el campo de lo intelectual, las nociones de autonomía (del poder, de la política, del mercado, de lo vulgar) y compromiso (con el arte, la sociedad, los desprotegidos, la razón, la justicia) se evaporan y pasan a segundo plano. Se abre paso entonces a un intelectual que sólo forma parte de un gran mecanismo cultural en el cual no se tejen cuestiones relacionadas con la política, economía, moral, ética. Podría considerarse que el ingreso del intelectual a la industria cultural lo aleja de la tradicional imagen del intelectual que se mira constantemente para cuestionarse, criticarse y buscar su sitio en el mundo.

Pareciera que el intelectual contemporáneo, al formar parte de la moderna empresa cultural, descargase su papel y trabajo de cualquier cuestión relacionada con el poder, la censura, lo político, la economía. De alguna manera, se despolitiza el trabajo intelectual y el mercado lo reviste de cierta “neutralidad”. Con esta supuesta despolitización y la ilusión de neutralidad se cuestiona con menos frecuencia aquello que yace detrás de las ideas, pues quien lo haga puede ser descalificado o tachado de intolerante.

Volviendo a la posmodernidad y conectándola con la cultura de masas, se hace evidente que ambos fenómenos deslindan al intelectual de cualquier carga política o ideológica. Esta despolitización del intelectual y su trabajo afecta el diálogo, la discusión, la crítica y argumentación, empobreciendo ineludiblemente el espacio público.

3) *Especialización y profesionalización intelectual*

El tema de la especialización y profesionalización resulta de enorme importancia porque lo que yace en el fondo de la discusión es el problema de la delimitación entre los campos de lo intelectual, lo económico, lo político, y las tensiones que se producen cuando éstos se relacionan entre sí. La disputa sobre la especialización

es la disputa sobre la autonomía del campo intelectual que tanto apogeo tuvo en los años sesenta y setenta del siglo pasado.

Lo anterior se hace evidente al observar que el intelectual anegado en la profesionalización o especialización debe enfrentarse a las presiones ejercidas por el poder y la autoridad, éste debe decidir si va a trabajar para el poder como funcionario o consultor. Como bien lo diría C. Wright Mills, los expertos en repetidas ocasiones se ven obligados a vagar por el reino de la *Realpolitik*, y es que el político recurre al intelectual-experto para otorgar cierta legitimidad al poder y para que revista de un aire neutral, científico y desinteresado a las decisiones que son estrictamente políticas³².

En ocasiones las instituciones representativas buscan inspiración en experiencias remotas, inventan argumentos retorcidos y enmascaran ambiciones personales bajo la apariencia de ideas abstractas. Adam Przeworski comparte un simpático ejemplo de esto: "Hace poco recibí un *e-mail* de un ex alumno que trabaja para el primer ministro de un país europeo. Ese primer ministro había decidido aplicar políticas que liberalizaran el divorcio, el aborto y el matrimonio entre homosexuales y la eutanasia. En el mensaje me preguntaba qué filósofos utilizar para justificar tales políticas"³³.

La especialización y profesionalización dan pie también para discutir la insularidad de los campos de conocimiento. El conocimiento se divide en disciplinas, las disciplinas en campos, los campos en subcampos, de tal manera que una persona puede dedicar su carrera completa al estudio microscópico de asuntos tan variados como los vitrales de la Catedral de Chartres o las prácticas de los médicos cirujanos en la Nueva España.

Muchos estudiosos de la especialización consideran que ésta limita las

³² Estas tensiones entre el intelectual y el poder son planteadas desde Platón en el Libro VII de *La República*, en el que sostiene la idea del rey-filósofo.

³³ Adam Przeworski, *Qué esperar de la democracia. Límites y posibilidades del autogobierno*, p.44.

capacidades críticas del intelectual, debido a la estrechez del área de conocimiento desde la que se analiza un fenómeno³⁴. Edward Said, por ejemplo, considera que la especialización provoca la incapacidad para concebir el conocimiento y el arte como una serie de opciones y decisiones, debido a que la especialización sólo permite que se perciban en función de ciertas teorías o metodologías de un área muy reducida y limitada del conocimiento, es decir, la especialización va fragmentando el conocimiento en pequeñas islas que no mantienen relación alguna³⁵.

En la actualidad, a pesar de todos los intentos de crear una multidisciplina, interdisciplina o transdisciplina, son muy pocos los trabajos que han logrado establecer puentes significativos entre los campos de conocimiento, principalmente porque chocan con las exigencias de eficiencia, súper especialización y tecnicismos vigentes en el campo intelectual, específicamente en la academia³⁶.

Entre estos temas se encuentran y se discuten las transformaciones dentro de la academia. Por ejemplo, la creciente profesionalización académica y la especialización someten a los intelectuales más jóvenes a recluirse dentro de los espacios universitarios, convirtiendo de esa manera a sus colegas en su principal público y a las revistas especializadas en su único medio de expresión y discusión. El diseño de la investigación social.

³⁴ En la contemporaneidad tal parece que los intelectuales se han convertido en especialistas que han renunciado a una visión más amplia del mundo y de sus problemas. Autores como Benda, Said y Goldfrab ven la solución de dicho problema con el regreso del "intelectual total", aquél que no renuncia a ninguna materia del conocimiento. El "intelectual total" sería quien retomara la enseñanza básica que daba en Chartes el maestro Bernardo en el siglo XII: "Cuanto más disciplinas se conozcan y cuanto más profundamente se impregne uno de ellas, más plenamente se captará a la perfección de los autores (antiguos) y más claramente se los enseñará." Citado en Jacques Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media*, p. 29.

³⁵ Edward Said, *Las representaciones del intelectual*.

³⁶ Richard A. Posner acierta al mencionar que interdisciplina significa comúnmente la prolifeación y yuxtaposición de campos especializados y da como ejemplo el de los estudios de "*public choice*" que suelen significar, más que interdisciplina, un análisis económico de la política. La posibilidad de que "teorías o pruebas relativas a cierto objetivo en un campo puedan aplicarse a otro para solucionar un problema existente, pero aparentemente alejado", es una de las vías metodológicas sugeridas en: Gary King, Robert Keohane y Sidney Verba, *El diseño de investigación social*.

A diferencia de los intelectuales modernos que poseían una vocación más generalizadora, “los más jóvenes se sitúan dentro de campos y disciplinas especializados”.³⁷ Lo anterior no es accidental, pues en buena medida los premios, plazas, salarios y promociones dependen únicamente de la dictaminación y evaluación realizadas por otros especialistas, hecho que afecta tanto los tipos de temas a los que se aproximan como el lenguaje y estructura de sus textos.

El politólogo Adam Przeworski ejemplifica este fenómeno dentro de la ciencia política estadounidense:

“Toda la estructura de incentivos académicos en Estados Unidos desalienta la toma de grandes riesgos intelectuales y políticos. Los estudiantes de posgrado y los profesores asistentes aprenden a empaquetar sus ambiciones intelectuales en artículos publicables por unas cuantas revistas y a evitar todo lo que pueda parecer una postura política. Este profesionalismo produce conocimiento a partir de preguntas formuladas de manera muy estrecha (...).”³⁸

Otras respuestas al declive del intelectual público

Los tres fenómenos revisados (posmodernidad, mercantilización del conocimiento, especialización/profesionalización) son piezas para entender el trayecto del intelectual, mas no son todas las piezas. Por esta razón a continuación exploraré otros elementos que ayuden a comprender el declive del intelectual contemporáneo. Principalmente me interesa tomar en cuenta lo que ha implicado hasta ahora la instauración de gobiernos democráticos y el conjunto de principios e ideas que se sostienen en su nombre. Pienso en la democracia como excepcionalidad en dos sentidos: a) históricamente es el más reciente y joven de las formas de régimen político; b) su consolidación es contingente, compleja, y no

³⁷ José Antonio Aguilar Rivera, *La sombra de Ulises. Ensayos sobre intelectuales mexicanos y norteamericanos*, p. 58.

³⁸ Munck, Gerardo L. y Snyder, Richard, “El pasado, presente y futuro de la política comparada: una simposio”, p. 145. Sobre ciencia política en México, véase también el artículo: José Antonio Aguilar Rivera, “El enclave y el incendio”.

está exenta de regresiones³⁹.

En algunos escritos de Roger Bartra, Morris Berman, Harold Bloom, Ralf Dahrendorf, Fernando Escalante, Frank Furedi, Tony Judt o Claudio Lomnitz, se asoma la hipótesis de que la democracia, con los imaginarios, nociones, valores y hábitos que implica, también ha contribuido a la transformación del intelectual. A pesar de los diferentes tonos, latitudes, campos y posturas desde las que estos autores discuten la relación intelectuales-democracia, su diagnóstico es similar: algo ha sucedido en los últimos treinta años, con el paso de los totalitarismos y autoritarismos a la democracia, que ha puesto en duda o entredicho la relevancia de la figura intelectual. Es por esta hipótesis que quisiera reunir y analizar diversos apuntes y aportes que se han hecho sobre el tema.

Las reflexiones de Tony Judt sobre el tema son especialmente atractivas puesto que posee una visión más compleja del “declive” histórico de los intelectuales. En *Reappraisals. Reflections on the Forgotten Twentieth Century*,⁴⁰ Judt señala que cierto cambio en la figura del intelectual con el tránsito a las sociedades democráticas era predecible. Bajo los autoritarismos y totalitarismos el trabajo del intelectual como portavoz era políticamente más significativo, dado que luchaba contra la represión y la censura explícita del Estado, mientras que en una sociedad democrática su papel se suele confundir con el de otras figuras que participan en el espacio público (comunicadores, locutores, académicos, etc.).

Judt ve estos procesos de larga duración y critica el supuesto de que con la instauración de la democracia y la paulatina liberalización de casi todas las esferas de la sociedad, los intelectuales como críticos no tienen lugar. Lo que Judt rechaza, Ralf Dahrendorf lo afirma y asegura que en “tiempos normales” (léase democráticos), el intelectual ha de desaparecer gradualmente al no tener aquel

³⁹ Entre los libros que sostienen esta enfoque se encuentran los siguientes: Adam Przeworski, *¿Qué esperar de la democracia?*; Charles Tilly, *Democracia*; Ignacio Sánchez-Cuenca, *Más liberalismo y menos democracia*.

⁴⁰ Tony Judt, *Reappraisals. Reflections on the Twentieth Century*.

puesto político y público que pudo ostentar durante el Siglo XX. En tiempos democráticos, escribe Dahrendorf, la labor del intelectual se ha despolitizado y sólo es útil en un plano muy básico.

Es interesante ver cómo el clima democrático contribuye, como lo hacen la posmodernidad, la mercantilización del conocimiento y la especialización y profesionalización, a configurar una imagen del intelectual despolitizado e prescindible dentro del espacio público⁴¹.

El riesgo de una perspectiva como la de Dahrendorf es que se puede olvidar u ocultar el poder político que siguen teniendo las ideas y los intelectuales; éstos son tan necesarios en las democracias como en los totalitarismos, ya que la supuesta despolitización de la figura del intelectual y la cultura es sumamente política. Tony Judt recurre a una frase de Hannah Arendt para advertirnos el peligro que se corre al asumir irreflexivamente que en la sociedad democrática, por ser libre y pensarse como la antítesis del totalitarismo, no hay censura, abusos o formas sutiles de manipulación de las ideas que deban ser cuestionadas y criticadas por los intelectuales. Aquí la frase de Arendt:

“El más grande peligro de reconocer al totalitarismo como el curso del siglo sería una obsesión con éste al punto de convertirnos ciegos a los numerosos pequeños y no tan pequeños males con los que el camino al infierno está construido”⁴².

En este sentido Judt atribuye el rechazo a la intelectualidad en las actuales sociedades democráticas al deseo de dejar atrás los errores cometidos en el siglo XX en nombre de las diversas utopías sociales que buscaron transformar al mundo. Esto explicaría porque actualmente vivimos en una sociedad sin visiones del futuro, sin utopías. Más adelante tocaré el tema.

Para apreciar los hilos que conectan la democracia con el “declive” de la

⁴¹ Véase: Fernando Escalante Gonzalbo, “El escándalo interminable. Apuntes sobre el sistema de opinión pública”, pp. 331-354.

⁴² Citado en Tony Judt, *op. cit.*, p. 19. La traducción es mía.

intelectualidad, retomaré en el siguiente capítulo a pensadores emblemáticos que se preocuparon por definir el papel del intelectual en la democracia, y así daré inicio al estudio del intelectual en democracia.

Capítulo 2. El intelectual y el clima democrático.

A continuación revisaré algunas de las reflexiones clásicas en torno al vínculo entre la cultura y la democracia para así traer a discusión algunos de los dilemas culturales que implica la democracia y que han preocupado a autores como Alexis de Tocqueville y Theodor W. Adorno. A partir de estas reflexiones analizaré las transformaciones que han acompañado a la democracia y discutiré cómo este contexto tiene un efecto muy importante en la teoría y en el campo intelectual en general. Para esto hablaré de temas como el relativismo, multiculturalismo y la corrección política, y expondré a grandes rasgos el debate, que a partir de Nancy Fraser, se dio entre Zygmunt Bauman y Axel Honneth sobre la redistribución y el conocimiento. La finalidad de este capítulo es poco a poco ir descubriendo la importancia que sigue teniendo el intelectual y el carácter sumamente político que tiene su labor en las sociedades democráticas.

Dewey, Lippman y los intelectuales

John Dewey fue defensor de la democracia popular, y a través de sus escritos buscó la realización de la democracia en cada una de las esferas de la sociedad. En uno de sus libros más importantes, *La opinión pública y sus problemas*, Dewey criticaba a la primera sociedad capitalista que, según él, buscaba el control de las masas a partir del manejo de los bienes de consumo y los medios de comunicación. A diferencia de estudiosos como Alexis de Tocqueville o John Stuart Mill, que consideraban que más participación y mayor expresión popular no desembocaría necesariamente en mayor libertad, Dewey sostenía que el obstáculo que frenaba la conquista de la libertad de la sociedad estadounidense era el mercado capitalista y los “simulacros” de asociaciones que reprimían a la verdadera fuerza popular. Para John Dewey, el incremento, variedad y bajo precio del entretenimiento y espectáculo representaba “una poderosa forma de distraer a la gente de los asuntos políticos”⁴³.

⁴³ John Dewey, *La opinión pública y sus problemas*, p. 132.

Las columnas que soportan los argumentos de *La opinión pública y sus problemas* se comprenden mejor si se toma en cuenta a Walt Lippmann y su obra *Public Opinion*, pues el libro de Dewey fue una respuesta a las ideas sostenidas en éste. Lippmann en *Public Opinion* plantea que idealmente la opinión pública es la fuerza que salvaguarda al poder democrático, pero que en realidad ésta es distorsionada y se convierte en una simple apariencia. De ahí que la inquietud del autor radique en la posibilidad de que sea la ignorancia y no el conocimiento la que le de poder a la democracia. Lippmann analizó las tensiones que se generan entre las jerarquías del campo intelectual y el igualitarismo en la democracia, y debido a su desconfianza en la capacidad de los individuos, éste vio en la especialización científica una solución a los problemas de la vida pública⁴⁴.

Es importante mencionar aquí que la democracia, mirada por los sectores dominantes de la sociedad, ha implicado siempre un resquemor y un gran miedo a los impulsos e incontinencias del pueblo. Este temor puede remontarse a las teorías clásicas de Platón y Aristóteles. En el siglo XVII, el liberalismo político de John Locke comparte esa misma precaución de limitar la participación y los efectos sobre el gobierno del pueblo en general. Los padres federalistas de EUA también ejemplifican esa “natural” desconfianza. En el siglo XX, la llamada “nueva teoría de la democracia” de Joseph Schumpeter parte, justamente, de ese recelo: dado que en el pueblo priva la apatía y la ignorancia, juzga Schumpeter, resulta recomendable que la participación política de éste se limite al importante acto de elegir, votar, entre grupos de élites que se disputarán el poder político. Luego de Schumpeter y la teoría que él bosqueja, autores como William Riker o el conjunto de teóricos insertos en cierta rama de la teoría de la elección racional, continuarán argumentando que en la democracia la política debe reservar muchas zonas a los profesionales, aislar de esas zonas al pueblo, protegerlas de los impulsos populares. El mismo argumento sostiene recientemente la idea de una legitimidad posdemocrática fundada en instituciones contramayoritarias, esto es, las que deciden las políticas económicas más importantes pero sin haber sido nunca

⁴⁴ Walter Lippmann, *Public Opinion*.

electas por nadie.

Volviendo con el debate Dewey-Lippmann, el problema del público para Lippmann es resultado de la incapacidad individual, y sólo puede superarse con la intervención de una élite de expertos. Dewey, por el contrario, ve el problema en la falsedad de las actividades asociativas controladas por la industria, y el remedio lo encuentra en la construcción de una “Gran Comunidad” y en “la mejora de los métodos y condiciones de debate, la discusión y la persuasión.”⁴⁵

En la actualidad es difícil pensar que la distancia entre el Estado, los poderes corporativos y los ciudadanos puede superarse a través de la simple conversación, debate y educación como aparentemente sugiere Dewey. Es complicado sobre todo en una sociedad en la que la carencia de una verdadera cultura democratizada es claramente un reflejo de una desigualdad económica que no se ha podido corregir. Sobre este tema escribiré más adelante, por el momento revisaré brevemente el influjo que Dewey ha tenido en diferentes autores contemporáneos que también han trabajado el vínculo intelectuales-democracia.

Investigadores como Christopher Lasch toman algunos de los argumentos de Dewey y los radicalizan. En el libro *La rebelión de las élites*⁴⁶, Lasch hace suyas las siguientes tres ideas:

- 1) La élite intelectual/de expertos está inevitablemente alejada de los intereses comunes. Sus intereses, al igual que su conocimiento, son privados⁴⁷.
- 2) La clase intelectual utiliza el argumento de que la inteligencia es un atributo o logro personal para preservar sus privilegios⁴⁸.
- 3) La revigorización del debate público es el camino a la democracia⁴⁹.

⁴⁵ John Dewey, *op. cit.*, p. 72.

⁴⁶ Christopher Lasch, *La rebelión de las élites y la traición a la democracia*.

⁴⁷ John Dewey, *op. cit.*, p. 168. Christopher Lasch, *op. cit.*, p. 13.

⁴⁸ John Dewey, *op. cit.*, p. 170. Christopher Lasch, *op. cit.*, p. 15.

⁴⁹ John Dewey, *op. cit.*, p. 72. Christopher Lasch, *op. cit.*, p. 142.

Estas ideas, al lado de muchas otras, han fortalecido una corriente de pensamiento en ocasiones llamada antiintelectualista. Ésta considera la estandarización y la homogeneización de los bienes culturales como un primer paso hacia una sociedad democrática que no esté a disposición de las jerarquizaciones culturales realizadas por la élite de intelectuales o expertos. Ya que éste es un tema bastante complejo, para enriquecer la discusión quisiera retomar a algunos autores clásicos que sembraron la duda sobre si la homogeneización y estandarización indefectiblemente significaban democratización de la cultura.

Estandarización y democracia

Theodor W. Adorno, John Dewey y Alexis de Tocqueville dedicaron parte de su obra al análisis de la cultura y su relación con la sociedad, la política y la economía. A pesar de algunas sombrías predicciones que hicieron del futuro de la cultura en la modernidad y en la democracia (estupidización del individuo y vacuidad de la cultura: Adorno; mediocridad intelectual: Tocqueville; manipulación de la sociedad a través del entretenimiento: Dewey), ninguno de ellos imaginó lo que llegaría a ser la industria cultural de masas, la omnipresencia de los medios de comunicación o la fortaleza de la democracia liberal y capitalista en la que vivimos o se desea vivir. Los procesos sociales, económicos y políticos se han desarrollado de forma diferente y más compleja de lo que esperaban estos autores.

Dewey, con un dejo irónico, recordaba que Thomas Carlyle en algún momento de su vida declaró: “Invéntese la imprenta y la democracia será inevitable”⁵⁰. Aunque Dewey se haya percatado del error de Carlyle, también pecó de ingenuo al escribir que la “uniformidad y la estandarización pueden proveer una base fundamental para la diferenciación y la liberación de las potencialidades individuales”⁵¹. Hoy sabemos que la supuesta “revolución” de la información no ha

⁵⁰ John Dewey, *op. cit.*, p. 116.

⁵¹ John Dewey, *op. cit.*, p. 172.

elevado el nivel de inteligencia pública, por el contrario, como sostiene Fernando Escalante⁵², más información, más libertad, más medios de comunicación masiva, no han llevado a un debate político serio, más bien, se ha privilegiado el escándalo. Es cierto también que los medios de comunicación son, para bien y para mal, “los intermediarios entre la cosa pública y el público, y de ese modo moldean a la opinión pública”⁵³, lo cual deja a los espectadores desposeídos ante la relatividad de opiniones.

No hay duda de que las personas están más informadas que antes y que el consumo de productos culturales es mayor a otras épocas, pero “la sobreabundancia de información no equivale a conocimiento, ya que éste exige una cultura previa, una formación intelectual, conceptos organizados que permitan hacer selecciones, plantear preguntas correctamente, interpretar los contenidos disponibles hasta la saciedad”⁵⁴. En seguida retomaré las sugerentes observaciones que Alexis de Tocqueville hace sobre esta idea de la jerarquización y de un imprescindible conjunto de principios previos que coadyuvan a la comprensión de la cultura y al crecimiento intelectual en las sociedades democráticas.

Alexis de Tocqueville poseía una visión muy profunda y amplia de los fenómenos sociales y políticos de su época, era capaz de ver los detalles sin dejar de ponerlos en un contexto histórico de largo plazo, descubriendo así sus aristas. Es así como en sus viajes por los Estados Unidos de América logró escribir más de novecientas páginas con interesantísimas observaciones, críticas y cuestionamientos. Ya antes Tocqueville en *El antiguo régimen y la revolución* había reparado en la intelectualidad, pero la intelectualidad de la que habla en este libro está inmersa en un ambiente muy diferente a la que observa y describe

⁵² Fernando Escalante Gonzalbo, “El escándalo interminable. Apuntes sobre el sistema de opinión pública”, pp. 331-354.

⁵³ Rubén Álvarez Mendiola, “Los medios de comunicación como espacios públicos”, p. 356.

⁵⁴ Gilles Lipovetsky y Jean Serroy, *La pantalla global. Cultura mediática y cine en la era hipermoderna*, p. 275.

en *Democracia en América*⁵⁵. En este último libro pareciera que el autor por momentos se preguntase: ¿Acaso en las sociedades democráticas la cultura tiende a ser mediocre? Al leer a Tocqueville uno quisiera indagar en aquello que veía él en la democracia que pudiese considerar o sugerir un riesgo para la vida cultural de una sociedad.

En *El Antiguo régimen y la revolución*⁵⁶ Tocqueville nos ofrece una imagen de los intelectuales franceses con la prerrogativa para movilizar e influenciar en la opinión pública, retrato que contrasta con la descripción que hace de la vida intelectual en la sociedad estadounidense en su *Democracia en América*. Para el propósito de esta tesis quiero recuperar algunas de las anotaciones que hizo el pensador francés a propósito de la sociedad democrática y su respectiva intelectualidad.

Como primera clave sobre la cuestión, Tocqueville nos comparte su sospecha de que la igualdad e independencia de los individuos “tiende poderosamente a dividir a los hombres y los conduce a desconfiar del juicio de los otros, y a buscar la luz de la verdad en ningún lugar más que en su propio entendimiento”⁵⁷. En la sociedad democrática, continúa el autor, “todos pretenden ser su propio, incuestionable y único guía en todos los asuntos de la sociedad.”⁵⁸ En este punto, después de analizar los hábitos, relaciones y dinámicas entre los individuos y las distintas esferas de lo social, Tocqueville toma distancia para ubicar este fenómeno, aparentemente individual o subjetivo, en un contexto más amplio y encontrar así sus implicaciones para la historia humana. Tocqueville observa que conforme los individuos son más parecidos e iguales entre sí, y confían sólo en sus opiniones personales, más reticencia poseen a dejarse convencer o influenciar por un “innovador”. Por tanto, en estas sociedades las revoluciones intelectuales serán raras, escribe Tocqueville, pues tomando en cuenta el curso de la historia, se puede notar que los grandes y rápidos cambios

⁵⁵ Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*.

⁵⁶ Alexis de Tocqueville, *El Antiguo régimen y la revolución*.

⁵⁷ Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, p. 487

⁵⁸ *Ídem*.

en la opinión humana han sido producto de la autoridad de un nombre y no tanto del razonamiento. Así que la democracia no sólo es “aburrida” en términos políticos, también lo es en lo cultural.

Llegado este punto pareciese que Tocqueville, al igual que muchos teóricos posmodernos, concluyera que en la democracia no hay autoridades que moldeen las opiniones, que los individuos son libres de discernir y pensar lo que quieran sin barreras, sin límites, sin élites que sometan. Pero no, más adelante el autor asegurará que “un principio de autoridad siempre está presente en cualquier circunstancia.”⁵⁹ Quizá en la sociedad democrática ya no se encuentre más en la intelectualidad, pero esto no significa que no exista, su lugar varía, se mueve, se va construyendo, expandiendo, contrayendo. La independencia de la mente de los individuos en las sociedades democráticas puede ser mayor o menor, pero siempre tiene fronteras, las cuales a pesar de que estén en movimiento, siempre tienen puntos relativamente fijos, lo que provoca que las posibilidades de acción o pensamiento sean limitadas⁶⁰. La pregunta entonces no es si permanece algún tipo de jerarquía intelectual en las sociedades democráticas, es un hecho que la hay y que es producto de los actos humanos, las preguntas debieran ser: ¿Dónde residen esos límites? ¿Quién y cómo se establecen? ¿Qué implican?

Con estas simples preguntas Tocqueville llama la atención a algo importantísimo: dentro de las sociedades democráticas persisten jerarquías intelectuales, hay valores y verdades, se quiera reconocer o no. Este hecho es clave, pues las cuatro explicaciones del decaimiento de la intelectualidad que se han expuesto hasta ahora nos llevan a pensar, con distintos razonamientos, que la figura del intelectual se ha despolitizado, presunción que no es del todo cierta.

Ya sea con argumentos sobre la posmodernidad, la cultura de masas, la especialización/profesionalización o la democracia, se dibuja un paisaje en el que

⁵⁹ *Ibid.*, p. 492.

⁶⁰ Giovanni Sartori, para explicar que “sociedad abierta” no significa una sociedad sin límites, escribe que las fronteras pueden deslizarse, pero siempre habrá alguna frontera, incluso si su franqueabilidad y porosidad varía. Giovanni Sartori, *La sociedad multiétnica*, p. 13.

todos los horizontes y todos los sistemas de valores son válidos y por tanto no vale la pena discutirlos; lo cual de una manera u otra busca justificar e incluso perdonar la pérdida del diálogo, crítica y discusión dentro del campo intelectual.

Estos enfoques alientan una especie de asepsia entre los intelectuales, se disfraza una labor pública y política con una capa de objetividad científica y democrática. Pero este tipo de despolitización del trabajo y de la figura intelectual es sumamente política y encubre una serie de prejuicios e intereses de quienes los propagan. El intelectual sigue siendo un actor político, sólo que al igual que la política en general en los últimos decenios ha cambiado, mas no se ha extinguido.

El clima democrático y el silencio intelectual

Como se ha mencionado anteriormente, en los últimos años, después de su apogeo en las décadas de 1960 y 1970, los intelectuales, su imagen, proyección y función han cambiado sustancialmente. Algunos piensan el cambio como el anuncio de su desaparición, así como la desaparición de las élites culturales y de las grandes figuras que representan y jerarquizan los problemas que han de discutirse en el espacio público. Considero el “cambio” no como el “fin” de los intelectuales, sino como una faceta más en la larga trayectoria de esta figura. Este “decaimiento”, a pesar de los peores diagnósticos, significa continuidad. Quizá el problema es que no hemos podido observar todavía el significado y formas del cambio, pero es muy valiosa la recomendación de Tocqueville de buscar dónde se encuentran y cómo se construyen los puntos de orientación o las jerarquías del conocimiento en las sociedades democráticas.

Está claro que la transformación de los intelectuales se debe a los fenómenos expuestos en páginas anteriores (surgimiento de la industria cultural de masas, arribo de la posmodernidad, profesionalización/especialización del conocimiento), pero también hay un silencio dentro del campo intelectual muy particular que considero se debe a cierto clima democrático, que si se ve en los casos de Estados Unidos de América, México, Francia o España tiene matices muy particulares inherentes a cada sociedad, pero dicho clima se comparte a

grandes rasgos en las sociedades contemporáneas. Es este clima el que me dispongo a exponer.

Hablar de un “clima” democrático tiene muchas ventajas, pues permite establecer una red de conexiones entre temas que a simple vista no parecen relacionados. Ahora, esta ventaja es también una desventaja, pues es difícil hacer un estudio comparativo de manera puntillosa o estricta, pero a partir de esto nos permite hacer preguntas más adecuadas y sugerir una hipótesis que tal vez logre ser la base de un estudio más cuantitativo que diseccione y desarrolle el fenómeno meticulosamente.

Corrección política y la teoría social

A simple vista la cultura se ha enriquecido con los “nuevos” puntos de vista teóricos que han acompañado a la democracia, pero estos nuevos enfoques, como el multiculturalismo, adolecen de la vitalidad de otras ideas y teorías de la sociedad, y por tanto no han brindado las bases necesarias para el diálogo o la crítica, reinando así un silencio inquietante entre la intelectualidad. Tanto la izquierda como la derecha intelectual han recibido en su mayoría de buena gana estas nuevas “no-ideologías”, como las llamaría Russell Jacoby⁶¹, así como los diversos discursos de la inclusión, reconocimiento, resignificación, etc. Me gustaría reflexionar sobre cuál ha sido el efecto que ha tenido este cúmulo de ideas en el espacio intelectual, y un punto de partida para responder a dicha pregunta puede ser el tema de la “corrección política” dentro del campo intelectual. Este tópico nos permite ligar corrientes de pensamiento como la del multiculturalismo, pluralismo y relativismo con las nuevas formas y el papel del intelectual dentro de las sociedades democráticas.

No se puede negar que cada vez es más común que en nombre del respeto, la tolerancia, la diversidad, la democracia o la libertad se procure ser cuidadosos al estudiar la realidad de nuestras sociedades. Ya no se llama a las

⁶¹ Russell Jacoby, *The End of Utopia. Politics and Culture in an Age of Apathy*, p. 33.

cosas por su nombre, se usan eufemismos para especificar y describir a las personas, los hechos, las circunstancias, los problemas o las diferencias. Se hace un esfuerzo por ser políticamente correcto, pues en ocasiones llamar a las cosas por su nombre puede ser visto como una afrenta, ofensa o simplemente falta de “tacto”. ¿Qué tanto ayuda la corrección política al momento de diagnosticar nuestras sociedades y buscar soluciones a nuestros problemas? ¿Qué aporta al momento de crear políticas públicas o programas sociales?

Este tema es muy complejo y quisiera discutirlo a partir de tres puntos de muy distinto orden, complejidad e impacto, pero que no dejan de tener una relación con lo que nos ocupa aquí. En el apartado “Corrección política y teoría” expondré *grosso modo* cómo la “corrección política” influye en la forma en la que se entiende la realidad y en los contenidos de la teoría social que se crea. En el apartado “El campo intelectual políticamente correcto” plantearé la transformación de las dinámicas y relaciones dentro del campo intelectual que implica la “corrección política”. Por último, en el apartado “Los costos de la corrección política” discuto algunos de los posibles problemas que esta tendencia provoca en la relación campo intelectual-sociedad. Este último punto servirá de puente para estudiar el debate sobre el reconocimiento y redistribución que han sostenido autores como Axel Honneth, Nancy Fraser, Zygmunt Bauman, entre otros.

El dilema no es tanto que los intelectuales o académicos procuren ser políticamente correctos, el conflicto reside en que éstos consideren que con ser políticamente correctos son lo suficientemente analíticos o que focalicen su atención en la designación de los problemas y diseccionen *ad nauseam* las palabras que usamos para hablar de ellos. Intelectuales como Boaventura de Sousa Santos, Régis Debray o Jaques Rancière invierten la mayor parte de su tiempo, talento e imaginación en crear bombásticas, “disruptivas” y “alternativas” teorías sobre fenómenos como la marginación, la pobreza, la violencia, el racismo, la migración, etc. Desafortunadamente lo que a fin de cuentas consiguen es simplificar los complejos y apremiantes problemas de nuestra sociedad, dado que al concentrar su análisis en las palabras que definen su problema de estudio

apenas rozan la realidad que quieren dilucidar. Los temas que se tratan no son banales, lo banal son los enfoques que no tienen como fundamento una precisión conceptual o coherencia.

Menciono la imprecisión conceptual de estos estudios y su falta de coherencia porque, al ser la verdad para muchos de estos intelectuales "contextual", la cultura, por poner un ejemplo, es lo que ellos quieran que sea (la cultura de la mujer, la cultura de los pobres, la cultura *queer*, la cultura de los migrantes, la cultura del narco), y en tanto argumentar por qué su objeto de estudio constituye una cultura en sí misma, y denunciar algún tipo de poder coercitivo, olvidan buscar soluciones al problema que en un principio les apremiaba⁶². Tradicionalmente, como lo escribe Jacoby⁶³, el pensamiento político comenzaba con el reconocimiento de algún poder coercitivo, no terminaba ahí. Actualmente la denuncia de algún poder que constriñe al sujeto es vista como una profundísima reflexión o descubrimiento en sí misma, la cual no necesita ser comprobada y mucho menos se sugieren propuestas o soluciones concretas a la situación que denuncian.

Paralelamente a la corrección política, otros fenómenos afectan el tipo de producto intelectual que se crea, me refiero a las múltiples expresiones del relativismo, el multiculturalismo y el pluralismo. Estas corrientes de pensamiento empujan hacia la eliminación de la distinción entre verdad y falsedad, calidad intelectual y falta de calidad intelectual, lo cual hace más difícil el ya en declive diálogo entre intelectuales. Sin mínimos comunes, sin principios compartidos como la búsqueda de la verdad, no hay un enriquecimiento de la vida intelectual. Si se parte de que todo vale lo mismo, se adopta un relativismo absoluto que

⁶² Un ejemplo de este fenómeno es el concepto o "teoría" de la "indigencia trashumante". Con una abigarrada e inacabada teoría, Reyna Carretero busca nuevas soluciones al problema de los migrantes. Desafortunadamente, a pesar de ser políticamente correcto, la falta de coherencia y solidez de su trabajo se hace más evidente al momento de traducirlo en leyes, como se puede ver en la iniciativa de "Ley de hospitalidad, interculturalidad, atención a migrantes y movilidad humana del Distrito Federal" que al basarse en las propuestas de Carretero es inexacta y en ocasiones contradictoria. Para conocer las propuestas teóricas y prácticas de Carretero, revítese: Reyna Carretero, *Indigencia trashumante. Despojo y búsqueda de sentido en un mundo sin lugar*.

⁶³ Russell Jacoby, *op. cit.*, p. 142.

destruye la noción misma de valor. Si la verdad es contextual, argüirán algunos, ¿qué se va a discutir si no necesitamos dar argumentos? O peor aún, en caso de que uno cuestione alguna de las teorías que enaltecen algún tipo de marginalidad o “diferencia”, el desconcertante reclamo en forma de pregunta podría ser de este tipo: ¿No estarás en contra de la democracia o sí? Pero bueno, queda el consuelo, como anotó Max Horkheimer, de que la verdad es válida incluso para aquellos que la contradicen, la ignoran o la declaran intrascendente.

Harold Bloom desde el campo de la crítica literaria compartirá lo difícil que le resulta no ser irónico frente a lo que él llama un “idealismo” en el ámbito intelectual, que obliga a abandonar todos los criterios estéticos y casi todos los criterios intelectuales en nombre de la “armonía social y el remedio a la injusticia histórica”⁶⁴. Este crítico estadounidense nos recordará oportunamente que los productos culturales no son en primera instancia un programa para la salvación social. Puede que ayuden en la transformación de la sociedad, en la desmitificación de ciertos temas y cuestionen dogmas, pero la redención social no es su fin. Por tanto, no se justifica la falta de solidez de muchos estudios sociales u obras intelectuales. Lamentablemente este tipo de estudio suele predominar, y ante la crítica sus autores responden con argumentos a favor de la libertad o la democracia, argumentos que parecieran ser la retórica adecuada para un campo intelectual que no espera “liberación alguna de la liberación”⁶⁵, un espacio intelectual en el que reina una “tolerancia represiva” que provoca que se piense que nada, ninguna idea, principio o verdad valga más la pena que otra.

El campo intelectual políticamente correcto

La sombra de la corrección política, y de la “tolerancia represiva” que la acompaña, no sólo influye en las ideas, también lo hace en las dinámicas y relaciones que se establecen dentro del campo intelectual. No es del todo incorrecto decir que una parte significativa de la intelectualidad ha desarrollado

⁶⁴ Harold Bloom, *El canon occidental*, p. 17.

⁶⁵ Harold Bloom, *op. cit.*, p. 26.

una obsesión con nociones como “diferencia”. Y aquellos que la celebran parecieran invitar a la tolerancia y a un genuino pluralismo, pero extrañamente fomentan una situación orwelliana en la que la diversidad y la diferencia se traducen en consentimiento, y la tolerancia es exclusiva para aquellos que piensan como ellos. Estos intelectuales buscan que todos los demás se sometan a sus mismos códigos de conducta y de expresión, lo que provoca que de manera generalizada y estratégica impere una actitud cautelosa al momento de opinar, discutir y escribir. Como escribe Richard A. Posner, a diferencia de otras épocas la censura intelectual ahora proviene de las entrañas de la misma intelectualidad en forma de "corrección política"⁶⁶, y cualquier asomo de crítica, hasta el más soterrado intento de debatir o polemizar, es considerado una afrenta a la libertad, a los ideales democráticos, a las minorías o a cualquier otra cosa que se desee declarar en peligro.

Dentro de este aire de tolerancia intolerante, Paul Berman puntea⁶⁷ que lo “políticamente correcto” era una expresión que la izquierda leninista utilizaba para nombrar a alguien que seguía firmemente la línea del partido. El origen de esta noción nos lleva indefectiblemente a pensar en persecución, sentido que, incluso en nuestros días, en ocasiones implica asedio, tanto a un nivel político como a un nivel intelectual.

En lugar de integrar distintos puntos de vista dentro del campo intelectual domina así un separatismo que protege intereses de pequeños grupos en lugar de alcanzar un campo intelectual de excelencia y altos estándares que promueva el debate. A mi parecer es el conformismo, la mediocridad y la ceguera intelectual lo que se promueven con estos códigos de lenguaje y de pensamiento políticamente correctos.

El libro intitulado *Debating P.C.: The Controversy over Political Correctness on College Campuses*, publicado en 1992 y editado por Paul Berman, ofrece un

⁶⁶ Richard A. Posner, *Public Intellectuals: A study of Decline*, p. 656.

⁶⁷ Paul Berman, *Debating P.C. The Controversy over Political Correctness*.

panorama desconcertante del imbricado fenómeno de la corrección política. Este paisaje resulta inquietante principalmente porque muchas de las teorías y posturas que en apariencia persiguen “la libertad y bienestar social”, están trufadas de conservadurismo y antiintelectualismo (paradójicamente manejan un lenguaje hiperespecializado y abigarrado). Es sorprendente porque estos puntos de vista son abrazados indistintamente por los intelectuales de derecha y de izquierda, ejemplo claro del desvanecimiento de aquella nítida línea divisoria entre la ideología de izquierda y de derecha.

En este clima el silencio de los intelectuales pareciese ser un retroceso y consentimiento en lo político y en lo intelectual a favor supuestamente de la democracia. De esta manera se abandona la crítica así como cualquier intento de elaborar una visión estructurada de futuro de nuestra sociedad, de lo que podría ser en lo político, económico, cultural, moral, etc. Las utopías y los planes a largo plazo, esa capacidad de ver la realidad y sus posibilidades, desaparecen a la par de los grandes intelectuales del siglo pasado. En mi opinión es primordial recuperarlas porque, como menciona Alexander, cada periodo histórico necesita una narrativa que defina su pasado en términos del presente, y sugiera un futuro que sea fundamentalmente (e incluso) "mejor" que lo contemporáneo⁶⁸.

Como se ha descrito hasta ahora, los autores que ubican su pilar teórico en el multiculturalismo argumentan que éste no es un enfoque ideológico, y que no privilegia postura o verdad alguna, por el contrario abraza todas las perspectivas como igualmente válidas. Desafortunadamente con teorías, explicaciones y propuestas tan "flexibles" y "apolíticas" únicamente obtenemos un pluralismo y una diversidad faltante de contenido y significado, carente de una propuesta para que el pluralismo también toque lo económico. Porque a fin de cuentas, de qué sirve un pluralismo cultural sin un pluralismo económico⁶⁹.

⁶⁸ Jeffrey Alexander, *op. cit.*, p.10.

⁶⁹ Para conocer un trabajo sobre la ausente democratización del debate económico en América Latina, véase: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2010), *Nuestra*

Bajo este imperativo multiculturalista que no reconoce un centro sino un cúmulo de igualmente válidas periferias, algunos intelectuales de izquierda utilizan una retórica antiintelectualista. La relajación e incluso desaparición de todo estándar académico o intelectual. Hay quienes llegan al extremo de afirmar que en nombre de la democratización de la cultura o la inclusión de los más “desfavorecidos” de la sociedad, es necesario sustituir los productos culturales “difíciles” por aquellos universalmente accesibles. Por ejemplo, recientemente Umberto Eco hizo público que reescribirá su novela *El nombre de la rosa* para que los jóvenes lo puedan leer. ¿Acaso los jóvenes no tienen la capacidad de leer la versión “adulta” de dicha novela? Si el problema es que los jóvenes carecen de herramientas para acercarse a la literatura, ¿hacerlas “accesibles”, facilonas, es la mejor manera de solucionar el problema? Igual de curiosa es la estrategia de la editorial Herder para atraer a un público más amplio hacia la filosofía clásica: la publicación de *El Capital* de Karl Marx, *El contrato social* de Jean-Jacques Rousseau, *El príncipe* de Nicolás Maquiavelo y *Así habló Zaratustra* de Friedrich Nietzsche en edición *manga*. “Lo mejor del cómic y de la filosofía, por fin juntos”, celebra la editorial.

La mayoría de las estrategias de inclusión a la cultura que se han generado en las sociedades democráticas parten del supuesto de John Dewey, que se examinó previamente, de que el conocimiento no es un atributo ni un logro personal. Supuesto que ha generado, escudándose en nociones como el multiculturalismo, el pluralismo y la democratización, que cualquier intento de remarcar o privilegiar alguna expresión artística o intelectual o logro educacional sea rechazado. Actualmente, como imaginaba Tocqueville, los estándares de excelencia se miran con cierta sospecha, pues se considera que ninguna persona, cultura o forma de arte posee mayor mérito que cualquier otra. La excelencia intelectual es pensada como elitista.

No creo que el sentido común se equipare al pensamiento complejo, no me

parece que todas las obras intelectuales tengan el mismo valor. Y por mucho que esto suene conservador para algunos, no lo es. Lo anterior no significa que la gente no deba ser tratada como igual, sólo significa que seres humanos iguales se desarrollan intelectualmente de manera distinta. Y que las condiciones políticas, económicas y sociales influyan es un asunto de otro orden, en todo caso ese sesgo intelectual que provoca la desigualdad económica debería ser el verdadero enemigo, no el conocimiento científico, los estándares, la excelencia intelectual o la cultura. E insisto, la gente es igual, lo que no significa que sus actividades y contribuciones sean equiparables dentro del campo intelectual. La actitud de rechazo y escepticismo hacia las jerarquías culturales e intelectuales, así como a la meritocracia, ha implicado un desajuste importante en el funcionamiento del campo cultural. Y pese a las intenciones de algunos pensadores de eliminar las jerarquías culturales en función de la democracia, es realmente imposible, dice Habermas, erradicar sin más los poderes de las creencias que generan autoridad. Por lo tanto, el discurso de la paulatina despolitización y democratización de la cultura es sumamente político.

Dicha postura, que Habermas califica de neoconservadora, invalida la esperanza moderna en las artes y las ciencias como posibles transformadoras del mundo y del individuo mismo. Aunque el debate sobre el rechazo o preservación de las ideas heredadas por la Ilustración es relativamente antiguo, sigue siendo actual y las opiniones sobre el fenómeno están ahora más divididas que nunca. Por un lado se contempla la posibilidad de seguir fiel “a las intenciones de la Ilustración, por muy rotas que parezcan”.⁷⁰ Y por el otro, se piensa dar por perdido el proyecto de la Modernidad y reducir de tal modo las “potencialidades cognoscitivas en la medida en que no confluyen en el progreso técnico, el crecimiento económico y la administración racional, que no pueda afectar a una *praxis* vital condicionada por unas tradiciones ciegas”.⁷¹

⁷⁰ Jürgen Habermas, *Ensayos políticos*, p. 385.

⁷¹ *Ídem*.

De igual manera, con el supuesto “declive” de la figura del intelectual en la democracia, se ha llegado a plantear que con algunos ajustes es posible que el conocimiento especializado sea “significativo”, “digerible” y accesible para un gran número de ciudadanos. Inclusive se ha hablado de la construcción de un “sociedad del conocimiento”. La dificultad de llevar a cabo dicha empresa reside en un fenómeno que se gestó en la modernidad. Como recuerda Habermas, con el proyecto de la Ilustración los correspondientes sistemas culturales de acción, los discursos científicos, las investigaciones morales y jurídicas, la producción y la crítica artísticas se institucionalizaron como competencias especializadas. Por lo que, inevitablemente, aumenta la distancia entre la cultura de los expertos y el gran público y, a pesar de los buenos deseos, “el crecimiento de la cultura por medio de la elaboración y reflexión especializadas no pasan sin más a disposición de la *praxis* de la vida cotidiana”⁷². La lenta circulación del conocimiento experto a la sociedad se complica al tomar en cuenta que además en muchos sentidos la desigualdad económica disminuye las probabilidades de acercarse al conocimiento. Y es más complejo si se contempla el uso económico y político que se hace de ciertas “estrategias de inclusión o democratización de la cultura”.

Para reflexionar en torno a estas políticas de inclusión, se puede recordar el origen de la idea una "sociedad de la información": a finales de la década de 1980 este concepto se popularizó sobre todo después de la publicación del texto *L'informatisation de la société* (originalmente escrito como informe del presidente Giscard d'Estaing), del inspector general de finanzas de Francia Simon Nora y el profesor Alain Minc. En este escrito ambos alaban una sociedad de la información como el extremo de la civilización, observación que tuvo implicaciones políticas para el gobierno francés⁷³.

Igualmente fútiles han sido las políticas o estrategias que se derivan de conceptos como la corrección política, pluralismo y multiculturalismo. La

⁷² *Ídem*.

⁷³ Para profundizar en el tema véase: Asa Briggs y Peter Burke, *De Gutenberg a internet. Una historia social de los medios de comunicación*, pp. 291-297.

traducción de estos conceptos en programas, acciones y políticas públicas no han conducido al florecimiento público de la ciencia, cultura o del debate ni tampoco han significado la emergencia de voces críticas en la sociedad democrática. En todo caso han conducido principalmente a la "burocratización de la sociedad civil" en términos de Roger Bartra⁷⁴. El relativismo, la inversión en la educación masiva y la homogeneización de la cultura no han conducido a una prosperidad pública de la ciencia, cultura o del debate público. Igualmente, pareciera que las medidas adoptadas para hacer "accesible y significativo" el conocimiento, en lugar de mejorar la educación y la cultura de las sociedades, estandarizan y eliminan el deseo de elevar los niveles de exigencia y excelencia. "Al transformar el pupitre en diván, al asignarle a la educación un función terapéutica la esencia se desnaturaliza"⁷⁵, escribe José Antonio Aguilar Rivera.

El escenario que se ha mostrado hace necesario plantearse preguntas como las siguientes: ¿En qué se está incluyendo a las minorías y a la sociedad en general? ¿Actualmente contamos con una cultura democratizada? ¿No sería un requisito para elevar verdaderamente el nivel cultural de la sociedad atacar el problema de la desigualdad económica? Me parece que estas preguntas nos encaminarían a observar que los intentos democráticos de incluir a la sociedad en general en los procesos culturales ofrecen entretenimiento y no conocimiento. Y sobre todo, dichos intentos no apuntan a desarrollar al máximo las capacidades de la gente, sino a dar a cuentagotas una cultura de baja calidad. La manera en la que hoy se desea "democratizar" la cultura me parece sumamente conservadora y antiintelectualista. El desprecio por toda jerarquía cultural implica una importante pérdida de la autonomía del campo cultural y en sentido estricto este

⁷⁴ Luego de un primer momento en el que la recuperación literaria de la categoría sociedad civil estuvo marcada por un aire optimista sobre las potencias de ésta, de un tiempo a la fecha esa primera oleada de estudios han sido revisados críticamente. Puede decirse así que los reportes y análisis teóricos y empíricos más recientes dan cuenta de algunos problemas de la categoría para cumplir con las expectativas que sobre ella se situaron. Algunos libros con estos diagnósticos críticos serían: 1) Jean-François Prud'homme, *Demócratas, liberales y republicanos*; José María Sauca y María Isabel Wences, *Lecturas de la sociedad civil. Un mapa contemporáneo de sus teorías*; Alberto J. Olvera, *La sociedad civil. De la teoría a la realidad*; María Fernanda Somuano, *Sociedad civil organizada y democracia en México*.

⁷⁵ José Antonio Aguilar Rivera, *El sonido y la furia*, p. 75.

reconocimiento de la “diferencia” o de la desaparición de jerarquías no es tan urgente como el reconocimiento de la desigualdad en las condiciones de vida que sufre gran parte de la población. Esta “autonomía”, insisto, ha de ser discutida pues es sumamente política y revela una atmósfera en la que se necesita repensar el papel del intelectual.

A pesar de los diagnósticos fáciles que pueden hacer varios escritores como Mario Vargas Llosa en *La civilización del espectáculo*⁷⁶, estos temas no son tan simples, asequibles o de fácil examen. No se puede decir con certeza si nos encontramos ante un fenómeno efímero o si presenciamos el inicio de una transformación de larga duración y efecto. En la actualidad, como he mencionado antes, resulta asombroso que la línea que dividía con tanta claridad a la izquierda de la derecha se haya desdibujado. Y aún más sorprendente es que la izquierda y algunos liberales compartan argumentos con la derecha. Por ejemplo, la izquierda que desdeñó la cultura de masas por su superficialidad, ahora la encuentra rebelde. Aquella izquierda que admiró al intelectual independiente ahora lo considera un *snob* o elitista. El pluralismo y multiculturalismo que antes fueron considerados fútiles, son alabados por la izquierda contemporánea.

Los costos de la corrección política

Para continuar con la trama, abordaré el debate sobre el reconocimiento y la distribución. En buena medida el libro *Recognition and Difference. Politics, Identity, Multiculture*, editado por Scott Lash y Mike Featherstone, revisa las principales posturas sobre el tema y se pregunta si actualmente se mantienen universales culturales o si el multiculturalismo necesariamente lleva a un relativismo moral. Más allá de que esta discusión es muy interesante, me gustaría concentrarme en dos posturas antitéticas como las de Axel Honneth y Zygmunt Bauman sobre el tema del reconocimiento y la redistribución. Dirigir la atención en este sentido posibilita que se establezcan hilos conductores con los temas que se

⁷⁶ Mario Vargas Llosa, *La sociedad del espectáculo*.

han analizado anteriormente; me refiero al multiculturalismo, la democracia, los estándares académicos e intelectuales, la falta de un pluralismo que sea económico y no sólo cultural, y por supuesto, la necesidad de que los intelectuales debatan de nuevo dentro del espacio público los asuntos más apremiantes.

Tanto Honneth como Bauman polemizan alrededor de las ideas de Nancy Fraser, en especial giran en torno a dos trabajos⁷⁷ de la autora que plantean la transición de los principios de la justicia de una búsqueda de la distribución equitativa de bienes económicos a un reconocimiento de la dignidad y el respeto del individuo. Fraser advierte en esta transición un cambio en el centro de la noción de justicia que va del principio de “redistribución” al de “reconocimiento”. Ambos autores, Bauman y Honneth, están conscientes del cambio en términos normativos y morales que implican el pluralismo, el multiculturalismo y el relativismo, pero Honneth no ve en ello un problema, sino una oportunidad.

En el artículo *Recognition or Redistribution? Changing Perspectives on the Moral Order of Society*⁷⁸, Axel Honneth expone el proceso en el que la noción de “reconocimiento” ha ganado una preeminencia política y moral para después hacer un análisis histórico y filosófico (se detiene principalmente en la idea del reconocimiento recíproco de Hegel). Los argumentos históricos y filosóficos servirán como fundamento para que el autor afirme que el conflicto que observa Nancy Fraser entre la idea del reconocimiento y la redistribución es falso. El viraje moral y normativo no es para Honneth, como lo es para otros teóricos, un efecto de la desilusión o confusión política, sino consecuencia de un aumento en la sensibilidad moral de las sociedades democráticas. Lo que significaría que el reconocimiento, los temas de la identidad y de la participación individual dentro de las sociedades democráticas, son ni más ni menos la lucha por la distribución. El reconocimiento y el respeto por las personas no son para Honneth el premio de

⁷⁷ Nancy Fraser, “From Redistribution to Recognition? Dilemmas of Justice in a Postsocialist Age Condition” y Nancy Fraser, “Justice Interruptus: Critical Reflections on the Postsocialist Condition”.

⁷⁸ Axel Honneth, “Recognition or Redistribution? Changing Perspectives on the Moral Order of Society”.

consolación, sino un peldaño para alcanzar la justicia social.

Frente a los inteligentes y convincentes argumentos de Honneth, Zygmunt Bauman traza lo que podría ser otra de las caras de la polémica Reconocimiento-Distribución. *The Great War of Recognition*⁷⁹ inicia con análisis de la agencia, las posibilidades de movilidad que tienen los sujetos y las relaciones de poder que permanecen pese a la capacidad del sujeto de romper “barreras” y “ataduras”⁸⁰. Más adelante explica cómo la noción de “diferencia” se convierte en algo por lo que se debe pelear y preservar, pero en primer lugar esta diferencia ha de ser “reconocida” y ubicársele en el orden de los derechos humanos, tornándose el principio de los derechos humanos en el perpetuador de las “diferencias”. Con la producción excesiva en las últimas décadas de identidades “diferentes” o comunidades dentro de las mismas comunidades y sociedades, se ha dejado de buscar el bienestar de la sociedad en general, para en su lugar “reconocer” las diferencias y concentrarse en lo personal, íntimo o individual, siendo sólo una mejora en términos del ámbito de lo privado⁸¹.

El problema que Bauman observa en esta tendencia es que, normalmente, ese “reconocimiento negativo” o “discriminación positiva” consiste en “dejar ser a los otros”, ignorarlos y enunciar que debido a su “diferencia” tienen derecho a ser lo que deseen, sin obligaciones o responsabilidades para con nadie y sin presión para que se integren a su comunidad o sociedad⁸². Es un reconocimiento negativo, en términos de Bauman, porque implica indiferencia y desapego más que un deseo de ayudar o comprender y se ciñe al terreno de la “autorrealización”. Para que el reconocimiento de las diferencias sea positivo, necesita acompañarse

⁷⁹ Zygmunt Bauman, “The Great War of Recognition”.

⁸⁰ Cabe recordar que a Talcott Parsons se le criticaba por su énfasis en el orden y la estructura, pero la perspectiva teórica que aquí critica Bauman llega a obviar la estructura y celebra su falsa desaparición.

⁸¹ Jeffrey Alexander, *op. cit.*, p. 34.

⁸² Los dos conceptos de libertad planteados por Isaiah Berlin en 1958 pueden ser estudiados para enriquecer este debate y señalar las dificultades que provoca la noción de libertad en las sociedades contemporáneas. Para profundizar en los conceptos de “libertad positiva” y “libertad negativa” véase, Isaiah Berlin, *Sobre la libertad*.

de una disminución de las desigualdades económicas, debe de haber un impacto en otras esferas más allá de la personal, sino estas políticas serán conservadoras en sus resultados. Esto no significa que la distribución de los bienes materiales sea el primer paso para alcanzar una sociedad más justa; no, la sugerencia de Bauman y de Fraser es que tanto el reconocimiento como la distribución deben de ir de la mano para ser significativos.

Bauman concluye con una idea que a muchos podría irritar: “No todas las diferencias tienen el mismo valor, y algunos estilos de vida y de convivencia son superiores a otros, pero no hay manera de averiguar cuál es cuál a menos que a cada una se le otorgue la misma posibilidad de discutir y probar su caso”⁸³. Como escribe Lobkowitz⁸⁴, ser tolerante sin sucumbir al relativismo es actualmente una de los más grandes retos que la democracia debe enfrentar⁸⁵. A diferencia de lo que escribe Honneth, el reconocimiento no es un gran paso a la justicia social, sino un pequeño paso que sólo acompañado de disminución de la inequidad económica y el debate, puede ser significativo. No está de más cruzar el argumento de Bauman con la postura de Garretón, quien en términos más radicales apunta que “ningún modelo ni política serán efectivos en esta materia si, además de discriminaciones positivas, medidas asistenciales y políticas focalizadas, no hay transformación y redistribución estructural.”⁸⁶

En resumen, Bauman lleva la discusión reconocimiento-redistribución a un panorama más amplio para: 1) dar argumentos en contra del relativismo y la

⁸³ Zygmunt Bauman, *op. cit.*, p. 146. La traducción es mía.

⁸⁴ Citado en Zygmunt Bauman, *op. cit.*, p. 149.

⁸⁵ Los trabajos recientes de Guillermo O'Donnell (*Democracy, Agency, and the State*) y de Laurence Whitehead (*Democratización. Teoría y experiencia*) constituyen unos interesantes ejemplos de análisis sobre la democracia que: a) aceptan y parten de la premisa de que no hay una única y universal forma de democracia, pero b) defienden la idea de mínimos con pretensiones de universalidad para poder definir a una democracia y así diferenciarla de lo que serían prácticas ajenas a la democracia. Los dos autores, saliéndose del *mainstream*, ensayan nuevos conceptos de la democracia, pero estos nuevos conceptos, como Whitehead los llama, deben tener una base fuerte. Para Whitehead la democracia es así un concepto relativamente flotante. En el caso de O'Donnell, las diversas formas de democracia que estaría dispuesto a aceptar están limitadas por una frontera: el respeto de los derechos humanos para que los ciudadanos sean vistos como agentes morales.

⁸⁶ Manuel A. Garretón, “Igualdad: dimensiones, luchas y pactos sociales”, p. 153.

tolerancia relativista, 2) hacer hincapié en la necesidad de pensar el reconocimiento acompañado forzosamente de justicia distributiva, y 3) plantear la importancia fundamental del debate, la crítica y las “batallas intelectuales” dentro de las sociedades democráticas. Es este último punto, el intento de avivar las "batallas intelectuales", el que ocupará el apartado siguiente.

Capítulo 3. Por una crítica democrática de la democracia

Si se parte de que no es un despropósito discutir, recordar y repensar la importancia del debate intelectual en las sociedades democráticas, es apropiado comenzar con algunas cuestiones espinosas a las que esta reflexión nos liga. Muchos de los planteamientos que se han revisado hasta ahora conducen a la conclusión, bastante extendida, de que en la democracia el intelectual ha de ser uno de los pilares que sostienen la democracia y no un contra-poder que critica de raíz los males democráticos. Asimismo, se ha dicho que ya no sobreviven ideologías básicas que discutir (Fukuyama), que el intelectual en la democracia es un simple “corrector ocasional” (Dahrendorf) y que éste al ser un agente democrático sólo ha de subvertir el consenso en la medida en la que fortalezca a la democracia (Goldfarb).

Giovanni Sartori realiza un interesante análisis de la incompatibilidad entre grandes ideologías y la democracia. Sartori concluye que dentro de todo el vocabulario actual de la política no contamos ya con un término para lo imposible, es decir, para las utopías⁸⁷. Por su parte, los estudiosos de los movimientos utópicos y antiutópicos a lo largo de la historia humana también han apuntado sugerentes ideas sobre dicho rechazo a las grandes ideologías en la democracia. Por ejemplo sobre el anuncio del fin de la historia de Francis Fukuyama se comenta lo siguiente:

“El desplome del comunismo en Europa del Este es el principal fenómeno en que se basa su afirmación; pero también existen otros cambios políticos que, en conjunto, equivalen al que parece ser un movimiento a favor de las formas liberales o democráticas de gobierno. Esto mueve a Fukuyama a alegar que no existe ningún conflicto ideológico básico en el mundo. La democracia liberal, fundamentalmente en una economía de mercado, constituye la clara elección para la gran mayoría de las naciones del mundo. Y en ese sentido, la historia

⁸⁷ Giovanni Sartori, *Teoría de la democracia. I. El debate contemporáneo*, p. 90.

ha terminado”⁸⁸.

Francis Fukuyama, aquella estrella de la era de Reagan, en el número de enero/febrero 2012 de la revista *Foreign Affairs*, insiste en que la democracia liberal es la ideología dominante en casi todo el mundo, y delinea una importante correlación entre crecimiento económico, cambio social y la hegemonía de la democracia liberal. Lo que insinúa Fukuyama es que la democracia liberal como ideología no tiene rivales, y quizá tenga algo de razón, pues muchos grupos de izquierda han remplazado las complejas construcciones teóricas por la banalidad del multiculturalismo, pluralidad, relativismo, etc. La izquierda no tiene una propuesta teórica o ideológica para generar un cambio político o económico de raíz, y aquellos movimientos sociales que dicen buscar una "sociedad alternativa", piénsese en *Occupy Wall Street*, los indignados o #Yo soy 132 por mencionar algunos, carecen de una visión a largo plazo, de un proyecto de sociedad a futuro.

Algunos autores que estudian estos movimientos incluso celebran que no exista un plan a largo plazo, la falta de una idea de futuro es considerada su principal característica y fortaleza. Por ejemplo, Boaventura de Sousa Santos no sólo celebra la falta de una visión amplia y a futuro en el terreno de la participación política, también lo hace en el terreno académico al decir que no se precisa de teorías generales para entender la realidad. Para este autor, se necesita a lo mucho una teoría general sobre la imposibilidad de una teoría general, lo que llama universalismo negativo. Esto implicaría, en sus palabras, “el reconocimiento de que nadie ni ninguna teoría tiene recetas universales para resolver los problemas del mundo o construir una sociedad mejor”⁸⁹. Por su parte, Benjamín Arditi ve en estos movimientos una “política viral”, concepto que define de la siguiente manera: “La política viral es una respuesta para gente que no es militante, que está disconforme con organizaciones existentes, pero no tiene el

⁸⁸ Krishan Kumar, “El apocalipsis, el milenio y la utopía en la actualidad”, p. 241.

⁸⁹ Boaventura de Sousa Santos, “La democracia revolucionaria, un proyecto para el siglo XXI”, p.132.

tiempo ni la energía para crear organizaciones alternativas”⁹⁰. Esta “política viral que desaparece tan pronto surge, parece ejemplificar ese “deseo genérico de hacer cosas” y “de actuar” que muy bien describe y critica Raffaele Simone en *El monstruo amable*. Daniel Innerarity alude a esta situación y asegura que en nuestras sociedades democráticas el problema no es la falta de espacios abiertos de reflexión y movilización, éstos existen, pero “lo que no va tan bien es la política, es decir, la posibilidad de convertir esa amalgama plural en proyectos y transformaciones políticas, dar cauce, coherencia política a esas expresiones populares y configurar el espacio público de calidad donde todo ello se discuta.”⁹¹

A pesar de las consignas revolucionarias, estos movimientos no transforman a la sociedad, en el mejor de los casos la modifican, pues sus luchas no son tanto por una sociedad distinta como por estilos de vida, formas de vivir de ciertos grupos minoritarios o comunidades, como lo menciona Frank Furedi⁹².

No es mi intención restarle valor a las contribuciones de los movimientos sociales, está claro que estos son elementos cardinales para la sociedad democrática como dijo Tocqueville; lo único que quiero señalar es que éstos no sustituyen las aportaciones, ideas y proyectos de la intelectualidad. Al respecto, Roger Bartra escribe lo siguiente:

“(…) las experiencias políticas del siglo XX han demostrado que las palancas principales del desarrollo industrial tienen un carácter más cultural que económico. Con esto no quiero decir que los graves problemas de atraso económico se van a resolver con programas culturales y presentando obras de teatro, sino me refiero a que la sociedad civil entiende cada vez menos los programas económicos y financieros si no van acompañados de, por decirlo de alguna manera, una traducción a términos y símbolos culturales y morales. Este

⁹⁰ Benjamín Arditi, “Política viral”, p. 2.

⁹¹ Daniel Innerarity, “Democracia sin política”, p. 25.

⁹² Frank Furedi, *Where Have All the Intellectuals Gone?*. En el caso de *Occupy Wall Street*, sus miembros y algunos medios de comunicación han afirmado que el movimiento ha puesto en jaque la base de la sociedad moderna al cambiar la frustración social por la acción, haciendo del año 2012, en todos los aspectos de la cultura, el año del “Gran No”.

desplazamiento de la política hacia los territorios culturales es un fenómeno estrechamente ligado a la gestión de nuevas formas de legitimidad democrática.”⁹³

Si bien es cierto que con la liberalización de distintas esferas de la sociedad los intelectuales comparten el espacio público con celebridades, activistas, deportistas, opinólogos y bloggers, esto no quiere decir que sustituyan cabalmente la labor crítica del intelectual⁹⁴. Lamentablemente, la intelectualidad frente a este esquema retrocede o básicamente se mantiene en silencio, y abandona las utopías, no sólo como visiones y fantasías del futuro, sino como oportunidades para observar la realidad y evaluar sus diversas posibilidades⁹⁵. Ya en 1993, Pierre Bourdieu vislumbraba la "demolición" o despolitización del intelectual como crítico, y advertía que este fenómeno era "tan peligroso como la demolición de la cosa pública"⁹⁶. Por tanto, repensar el papel de los intelectuales en las sociedades democráticas no sólo es importante para el campo cultural, también lo es para la sociedad en general, porque sólo con el intelectual como contra-poder crítico y con un debate político serio es posible poner en la mesa cuestiones que siguen pendientes como la desigualdad económica y el atraso que implica en temas tan esenciales como la educación, la salud, el empleo y las posibilidades de participación en la político y lo público. Incluso Francis Fukuyama acepta la necesidad de criticar a la democracia, porque a pesar de que la sociedad en general se beneficie de teléfonos celulares baratos, ropa económica y *Facebook*, no quiere decir que se tenga todo resuelto y no haya muchos aspectos

⁹³ Roger Bartra, "La abeja, la araña y las moscas", p. 105.

⁹⁴ Por un lado, el espacio público ahora es compartido por los intelectuales con nuevos actores, pero también los intelectuales encontraron nuevos espacios que los han alejado de la esfera pública, por ejemplo, muchos han migrado a instituciones y universidades para convertirse en especialistas y profesores de tiempo completo. Para una perspectiva sobre este fenómeno, revítese: Véase Richard A. Posner, *Public Intellectuals: A study of Decline*.

⁹⁵ Ricardo Piglia da su punto de vista sobre la despolitización de los intelectuales contemporáneos en su libro *Crítica y ficción*. Piglia en este texto apunta que algunos intelectuales "han perdido las ilusiones, se han vuelto sensatos y conformistas. Corren el riesgo de convertirse en funcionarios del sentido común. Para pensar bien, quiero decir para ser lo contrario de un bien pensante, hay que creer que el mundo se puede cambiar. Hay que estar en un lugar excéntrico, opuesto al orden establecido, fuera de todo." Ricardo Piglia, *Crítica y ficción*, p. 102.

⁹⁶ Pierre Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, p. 184.

que cuestionarle a las democracias.

De frente al paisaje anteriormente descrito, Guillermo O'Donnell en *Disonancias. Críticas democráticas a la democracia* sugiere tres opciones para los intelectuales:

1) Demandar *Don't rock the boat*, es decir, "nos ha costado mucho alcanzar la democracia, tiene sus carencias, pero más vale no criticarla o exigirle más porque podemos poner en peligro lo conseguido hasta ahora"⁹⁷. Ésta es obviamente, afirma O'Donnell, una opción conservadora.

2) Entender a las democracias sólo como fachada tramposa de una cada vez más dura dominación social, el privilegio de los privilegiados.

3) Hacer una crítica democrática a la democracia, a su extensión y profundización, al mejoramiento de su hoy pobre calidad. Y esto hay que hacerlo en todos los frentes incluyendo "la gran política", los movimientos sociales, la universidad, las ONG's y tantos otros lugares.

O'Donnell elige la tercera opción, y agrega que a los intelectuales les compete hacer una persistente, seria y fundada crítica democrática a estas democracias tan socialmente sesgadas. "Esto no implica buscar los <amplios consensos> que se ha puesto de moda invocar. Se trata más bien de no temer los conflictos que sin duda desatarán los intentos de extender los aspectos civiles, económicos y sociales de estas democracias."⁹⁸

En este tono, es útil recordar a algunos escritores del siglo XIX que, como el crítico literario inglés Matthew Arnold, eran demócratas, buscaban la equidad y por eso mismo criticaban la cultura de masas sin importar qué tan popular o arraigada estuviera, denunciando así la cultura de sus días en nombre de algo mejor, porque cultura de masas no equivale a democracia. Estos personajes

⁹⁷ Guillermo O'Donnell, *Disonancias. Críticas democráticas a la democracia*, p. 201.

⁹⁸ *Ídem.*

contrastan a lado de los intelectuales de hoy en día que dan la espalda a una crítica de raíz a la cultura de masas, ya sea porque la consideran ingenua o por pensarla elitista. En esta confusión entre criticismo y elitismo se pierde mucho y se fuerza a seguir la línea trazada por lo políticamente correcto, dejando pasar cualquier posibilidad de realmente desafiar el estado de las cosas al hacer preguntas y críticas pertinentes. No estoy proponiendo el rechazo categórico a la cultura de masas, lo que planteo es la necesidad de pensarla, criticarla y problematizar su lugar dentro de las sociedades democráticas.

En general, a la cultura de masas o bien se le vanagloria o se le rechaza por completo. Aquellos trabajos que se quedan a medio camino del odio-amor son difíciles de encontrar, sobre todo escasean las opiniones de pensadores que admitan su desconcierto y se expongan dubitativos ante el fenómeno. Los entusiastas asumen que si más personas tuvieran más fácil acceso a la información, el mundo sería mejor y más democrático. Pero entusiastas de este tipo ha habido desde la invención de la imprenta, y ya sabemos que ésta no significó la democratización cultural. En el otro extremo encontramos a autores como Mario Vargas Llosa que en *La civilización del espectáculo* afirma que la “inmensa mayoría del género humano no practica, consume ni produce hoy otra forma de cultura que aquella que, antes, era considerada por los sectores cultos, de manera despectiva, mero pasatiempo popular, sin parentesco alguno con las actividades intelectuales, artísticas y literarias”⁹⁹. A lo largo del libro de Vargas Llosa se pueden encontrar un hatajo de nostálgicas anécdotas y diversos argumentos que lamentablemente son una simplificación de un fenómeno mucho más complejo y difícil de explicar.

En una entrevista que Lucio Caracciolo hace a François Furet, Ralf Dahrendorf y Bronislaw Geremek en torno a la cultura y el papel de los intelectuales en Europa, Furet y Dahrendorf ofrecen dos brevísimas opiniones

⁹⁹ Mario Vargas Llosa, *La civilización del espectáculo*, pp. 30-31.

sobre el tema de la cultura que de alguna manera se complementan al mostrarnos tanto lo negativo como lo positivo del asunto. Cuando se le pregunta a Furet su opinión sobre la cultura de masas, éste responde: “Es verdad que conlleva una gama de vulgaridades pero, por otra parte, también pone a disposición del gran público una serie de instrumentos de acceso al saber que no habría tenido jamás.”¹⁰⁰ Dahrendorf, por su parte, dirige la atención al hecho de que “la educación de masas sin una serie de transformaciones estructurales ha llevado un deterioro de su calidad”¹⁰¹. ¿Qué quiere decir Dahrendorf con transformaciones estructurales? ¿Se refiere quizá a la falta de un cambio a nivel económico de la gente? No se puede saber con certeza, ya que Dahrendorf no profundiza en ello. Lo que sí se puede obtener de estas hipótesis e interrogantes no concluidas es la oportunidad de llegar a un mejor estudio de los problemas actuales de la esfera cultural en nuestras democracias. Entonces, si partimos de que la cultura de masas puede ser un instrumento para la democratización de la cultura, posibilidad que no se puede dar por hecho, se puede comenzar a discutir qué problemas implica sin rechazarla automáticamente.

Robert Darnton, excelente historiador estadounidense y director de la Biblioteca de la Universidad de Harvard desde 2007, relata en su libro *The Case for Books. Past, Present, and Future* el interesante proyecto de digitalización de millones de libros de las principales bibliotecas del mundo que lleva el nombre de *Google Books Search*. En este libro, y en un par de artículos publicados en *The New York Review of Books*, Darnton expone en cierto tono, que él llama “utopista”, algunas de las implicaciones legales, potencialidades y bondades del proyecto; llegando incluso a imaginarse el surgimiento de una “República Digital del Conocimiento” fruto de este “intercambio” de conocimiento entre la empresa *Google* y las bibliotecas públicas más importantes del mundo. Y aunque Darnton en algún momento procura ser más escéptico y le preocupa la posible instauración de un monopolio del conocimiento digitalizado, el autor finalmente retrocede y

¹⁰⁰ Ralf Dahrendorf, Bronislaw, Geremek, et. al., *La democracia en Europa*, p. 136.

¹⁰¹ *Ibid*, p. 137.

elige no especular sobre las consecuencias negativas del proyecto, pues prefiere pensar que la democratización del conocimiento puede estar al alcance de nuestras manos gracias a los esfuerzos de la empresa *Google*.

La reflexión y opinión de este historiador resulta incompleta, principalmente porque en lugar de profundizar, ser más crítico y debatir, espera y desea que un fallo legal obligue a *Google* a hacer gratuito el acervo que hasta ahora posee. Uno de los graves problemas, consecuencia del “silencio democrático” de los intelectuales, es que se pasan de largo cuestiones que no se pueden dejar de discutir. Por ejemplo, siguiendo el tema de *Google Books Search*, Darnton no polemiza sobre ciertos “inconvenientes” que han surgido a raíz del proyecto: 1) la violación de derechos de autor por parte de *Google Books Search*, 2) la posible apropiación de los derechos de autor de los libros “huérfanos” por parte de la misma empresa, y 3) la posible creación de un monopolio, lo que implicaría que la empresa sea quien fije y controle el precio de los materiales.

Después de ocho años de litigios, en noviembre de 2013 la corte de Manhattan falló a favor de *Google*, argumentando que la demanda de *The Author's Guild* se debe descartar ya que *Google* hace un uso “justo” de los libros que ha digitalizado (aún sin autorización de muchos autores) y proporciona un servicio eficiente de búsqueda para investigadores y lectores, expande el acceso a los libros y sólo de manera indirecta se beneficia de los libros que anuncia pues sólo se asocia con las editoriales para venderlos a través de *Google Play*. Algunos autores involucrados en esta demanda planean seguir la discusión y realizarán demandas individuales; lo que comenzó como un juicio colectivo e importante, ha sido reducido a un conflicto entre una empresa multinacional y algunos particulares. El caso ciertamente reclama la atención de los intelectuales, pues si no son ellos, ¿quién debatirá las difíciles implicaciones de un potencial monopolio del libro digital? ¿En manos de quién quedará la discusión de estos asuntos que, además de concernir a la esfera cultural, tocan muchos intereses económicos en

terrenos que recién y precariamente se están legislando? ¿No debería la preocupación por la democratización del conocimiento provocar enardecidos, o al menos profundos, debates sobre las sutilezas legales, las repercusiones económicas, los efectos positivos y negativos en la sociedad contemporánea de proyectos como los de *Google Books Search*?

En mayo de 2014 *Amazon* ha tenido su primer conflicto de este tipo. A pesar de ser una de las compañías con precios más bajos y accesibles en cuanto a libros electrónicos como impresos, ha provocado que la casa editorial *Hachette* cuestione su cambio en los precios de los títulos que ésta publica, así como en los días de entrega. Pareciera que la casa editorial está siendo presionada por *Amazon*, pareciera que los compradores habituales de *Amazon* debieran sospechar que la compañía especula con el valor de los libros, pero este conflicto realmente es un problema entre una compañía que publica los libros y la compañía que los distribuye, las dos buscando obtener una mayor ganancia, nada más. Tanto en el caso *The Author's Guild vs. Google* como *Hachette vs. Amazon*, los autores y los lectores son realmente los afectados a largo plazo. Estos dos conflictos ejemplifican las consecuencias inesperadas de un espacio intelectual, árido, silencioso y que por ausencia de debate deja escapar temas y problemas que tienen importantes consecuencias en el futuro del campo cultural y de la sociedad en general. Así que a mi parecer el debate no concluye con una sentencia a favor o en contra, al contrario, me parece que éste sería el mejor inicio a una serie de reflexiones en torno al tema.

Es inevitable preguntarse, sencillamente, si para muchos intelectuales dejar de nombrar estos conflictos basta para darlos por superados. Con esto no quiero decir que la democratización de la cultura/conocimiento sea algo negativo o que se debe oponer uno a ella. En lo que ciertamente estoy en contra es en la forma en la que se está defendiendo la “democracia” a ultranza, sin reflexión previa alguna sobre el tipo de cultura y de democracia que se debe defender. Citando a

Claudio Lomnitz, "No es que sea yo antidemócrata: simplemente no me parece que sepamos al ciento por ciento lo que implica esta llamada democratización."¹⁰²

Siguiendo con Claudio Lomnitz, me gustaría mencionar que este historiador, en el marco del Congreso Internacional del Mundo del Libro (celebrado en la Ciudad de México en el 2009), ofreció una conferencia sobre las nuevas tecnologías y el mundo editorial en la que expresó interesantes y acertadas ideas sobre las nuevas tecnologías y la postura silenciosa de los intelectuales en la democracia. Lomnitz compartió su experiencia como maestro, editor, autor y columnista de una revista electrónica.

Lo más llamativo de la conferencia de Lomnitz es que reconoce cuatro tensiones que genera la democracia en la esfera cultural que a continuación enumeraré.

1) Hace una crítica a la noción de "comunidad" que se usa para hablar de las personas que se manifiestan a través de las tecnologías interactivas. Lomnitz considera que esta noción edulcorada de comunidad implicaría discusiones en las que existan ciertos mínimos comunes que permitan un diálogo fructífero y respetuoso. En la realidad, las personas que se manifiestan a través de estos medios no conforman una comunidad preseleccionada y tampoco están de acuerdo con utilizar un discurso más o menos civilizado como recurso de interpelación.

2) Relacionado con el punto anterior, el historiador nos dice que una discusión profunda y crítica implica la existencia y aceptación de niveles de discusión, estándares, meritocracia y cierto "control de calidad" de los discursos y productos culturales. Lo cual, evidentemente, no es común en el nuevo espacio público.

3) Reconoce la existencia de una tensión entre la opinión especializada y la opinión "vulgar" que ha aumentado a causa de las nuevas tecnologías y los

¹⁰² Claudio Lomnitz, "Cuatro miradas (de rata) a la nueva tecnología", p. 263

cambios democráticos.

4) Señala el poco debate que existe en torno a las nuevas tecnologías, su "democratización" y las nuevas formas de desigualdad que generan.

Todos estos son temas inexplorados y poco desarrollados por Lomnitz, pero por mínimos que sean estos cuestionamientos nos muestran la latencia de problemas en la esfera cultural surgidos, o acrecentados, a partir de la instauración de la democracia.

Al igual que con las reflexiones de Bauman sobre el reconocimiento-redistribución, con los planteamientos de Lomnitz se cae en cuenta de que la desigualdad en la esfera cultural se expande, complejiza y muta. Se deja al descubierto también cómo el término democracia suele ser usado más como elemento clave de una agenda política que como algo realmente significativo. Al igual que con el voto, a la cultura se le valora "en sus avances hacia la agenda populista, y de inclusión, de la participación y la accesibilidad"¹⁰³. Desde este antiintelectualismo se observa a la cultura en función de un campo que no es el de la cultura, y por ende, cualquier discusión sobre estándares, revisiones, meritocracia y escalafones es vista como un sacrilegio, como jeremiadas de viejos intelectuales elitistas.

Es comprensible que muchos entusiastas asuman que si más personas tuvieran fácil acceso a la información el mundo sería mejor y más democrático. En ocasiones erróneamente se identifica circulación abierta de la información con democracia, pero no es difícil encontrar pruebas de que la "democratización de la cultura" en realidad significa relajación de estándares y homogeneización a la baja de productos y ofertas culturales. No sólo porque considero que la gente tiene potencialidades y capacidades crítico la falsa democratización de la cultura y el conocimiento, también porque las barreras y las desigualdades no desaparecen con las medidas hasta ahora implementadas o defendidas, sólo son distintas, sólo

¹⁰³ Frank Furedi, *op. cit.*, p. 92. La traducción es mía.

varían, y cada día con las nuevas tecnologías se crean nuevas desigualdades, las cuales todavía no vislumbramos con claridad, mucho menos intuimos sus efectos o consecuencias.

En esta línea, vinculando las nuevas desigualdades provocadas por la “democratización de la cultura” con el tema de la corrección política, es interesante recordar lo sugerido por dos autores muy diferentes entre sí como son Christopher Lasch y Slavoj Žižek. Estos autores escriben que ese cuidado excesivo con las palabras, ese tacto al nombrar, es síntoma de nuestra imposibilidad de realmente cambiar las estructuras políticas y económicas de la sociedad. Al “eliminar los matices y no llamar las cosas por su nombre se termina por invisibilizar procesos políticos, culturales e históricos”¹⁰⁴. Esta premeditada ambigüedad de las palabras y su significado provoca el estancamiento y declive del debate público.

Sólo cuestionando la corrección política, la homogeneización a la baja de la cultura y el conservadurismo disfrazado de democracia se puede generar un debate público en el que los intelectuales participen, ya no guardando silencio, si no incorporando, como diría Alexander, un sentido más amplio de lo universal y compartiendo elementos que desarrollen una crítica, no dogmática y reflexiva, sobre la sociedad democrática y, por ende, de la democratización de la cultura. Esta “crítica democrática de la democracia” no sólo generaría conocimiento, también impulsaría nuestra comprensión de la democracia, sus límites y sus posibilidades.

¹⁰⁴ Ignacio Molano, *Cuando hablan de cultura. El mito de lo cultural en el nuevo espacio público*, p. 29.

Conclusiones

En esta tesis he procurado indagar en el tema del intelectual, identificar algunas de las paradojas y problemas en la esfera cultural provocadas por la democracia, así como criticar la usual desustancialización y despolitización de la figura del intelectual y su función dentro de las sociedades contemporáneas. Estas son las conclusiones de mi trabajo.

Permanencias. La falsa desustancialización y despolitización del intelectual

Una de las conclusiones a las que me ha dirigido el recorrido emprendido en estas páginas, es que contra los diagnósticos de declive, crisis o muerte, el intelectual continúa siendo un actor clave dentro de la sociedad democrática. Es evidente que algunas de las formas, lugares, funciones y características del intelectual han cambiado, pero esto no significa que no existan más. Aunque esta reflexión pareciera obvia o superficial, no lo es para muchos teóricos que en los últimos treinta años han estudiado a la intelectualidad bajo una mirada apocalíptica y que se decepcionan cada vez que buscan y no encuentran a aquel intelectual tan emblemático de las décadas de 1960 y 1970. El error común consiste en no reparar en que ese tipo de intelectual "comprometido" y protagonista de finales del siglo XX representaba sólo a un tipo de intelectual, sumamente ligado al momento histórico y a las necesidades culturales, políticas y sociales de su tiempo. ¿Cómo no declarar la muerte del intelectual si se le busca en los lugares, bajo ciertas formas y con las mismas funciones que tuvo, excepcionalmente, hace casi cuatro décadas?

La existencia de permanencias y transformaciones en la figura del intelectual es una idea sencilla que muy pocas veces sirve de base o principio para las teorías que tienen como objeto al intelectual. Lo más común es que los estudios se concentren en los cambios del intelectual, haciendo a un lado sus continuidades, incluso hasta llegar al punto de declararlos en crisis o en camino a

una inminente muerte. Pero con esta perspectiva de corta data, no es sencillo apreciar el vínculo entre los fenómenos políticos, sociales y económicos que llevan más que un par de décadas gestándose y que han tenido un influjo importantísimo en la esfera cultural, y por ende, en el intelectual.

Una consecuencia de esta ceguera a las continuidades y permanencias en los análisis es que se plantee que el intelectual, su función, su figura y su espacio se han despolitizado. Se suele irreflexivamente hablar de una cultura libre de la sombra ideológica o de los juegos políticos que con tanta facilidad se reconocían antaño. Gran parte de los trabajos convencionales sobre intelectuales no es así capaz de explicar las contradicciones que se han provocado dentro de la esfera cultural como consecuencia de la democracia. Por ejemplo, bajo estas miradas es casi imposible apreciar cierto conservadurismo inmanente en la visión despolitizada de la cultura y del intelectual que promulgan tanto la izquierda como la derecha de nuestros días.

Adoptando una postura más crítica, permitiendo que se sospeche de tanta corrección política, pluralidad, relativismo, y *bona fide*, podemos confirmar que la política sigue presente en la cultura y que el intelectual continúa siendo un actor político influyente vinculado al poder (económico, político). Si esto es así, nos debe resultar extremadamente dudosa o irreflexiva cualquier sugerencia de un campo cultural despolitizado. Tanto la idea de crisis y despolitización del intelectual y su trabajo afectan, como se presentó en el capítulo *El clima democrático y el silencio intelectual*, tres ámbitos específicos de la cultura. En primer lugar, la consideración de un intelectual agonizante y cuya labor ha sido despolitizada tiene un influjo decisivo en la construcción de teorías y en las formas de estudiar a los intelectuales. Por ejemplo, el relativismo adquiere fuerza al tomar como argumentos esta “decadencia intelectual” y la aparente “inexistencia” de ideologías para enunciar que todo conocimiento vale lo mismo, que no hay verdades que buscar y que en este contexto el intelectual es una antigualla más que hay que desmitificar. Ante este escenario de desustancialización y despolitización relativista, Neil Postman compara los temores de Aldous Huxley y

George Orwell a manera de crítica:

“Lo que Orwell temía era a aquellos que pudieran prohibir libros mientras que Huxley temía que no hubiera ninguna razón para prohibirlos debido a que nadie tuviera interés en leerlos. Orwell temía a los que pudieran privarnos de información. Huxley, en cambio, temía a quien nos diera tanta información que seríamos reducidos a la pasividad y el egoísmo. Orwell temía que nos fuera ocultada la verdad, mientras que Huxley temía que la verdad fuera ahogada en un mar de irrelevancia.”¹⁰⁵

Así planteados, los temores de Orwell parecen pasados, mientras que los de Huxley suenan preocupantemente actuales.

Otro ejemplo de este primer rango de impacto es el multiculturalismo, teoría que obvia los conflictos ideológicos, culturales y políticos que permanecen en las sociedades democráticas. En este desfile de las identidades, de la lucha por estilos de vida muy particulares y de la diferencia, el intelectual se difumina y pierde, aparentemente, terreno frente a los nuevos actores del espacio público.

Un segundo ámbito que se ve afectado es aquel que tiene que ver con las dinámicas dentro del campo cultural o intelectual. Es decir, el campo intelectual cambia en función de los discursos de despolitización, democratización y crisis del intelectual. Para ejemplificar este fenómeno se puede pensar en la corrección política que domina los debates, escritos, estudios y lenguaje del campo intelectual. Esta corrección política en muchos sentidos es una especie de censura velada y disfrazada en forma de tolerancia y democracia. El contenido de las investigaciones, los libros y debates importa poco cuando lo que se tiene que cuidar son las formas en las que se discute, procurando siempre no sonar intolerante, crítico o elitista.

El tercer aspecto que se ve alterado por el clima democrático y las nociones que la acompañan, es la forma en la que se piensan y se desean solucionar los problemas actuales de la sociedad. Un claro ejemplo de esto sería el debate arriba

¹⁰⁵ Neil Postman, *Amusing Ourselves to Death*, p. 7. La traducción es mía.

expuesto sobre la redistribución y el reconocimiento, ya que allí se observa cómo las ideas fundamentales de cada postura cambian radicalmente lo que se considera la mejor solución a los problemas las sociedades democráticas. Una postura, la de Axel Honneth, considera que un primer paso suficiente es el reconocimiento. Desde otro punto de vista, el de Nancy Fraser y Zygmunt Bauman, no puede haber una solución real a los problemas actuales si no hay una redistribución económica, creen que no se puede resolver la variedad de problemas sociales sin antes combatir la desigualdad económica. Garretón, como lo mencioné antes, lo escribe de manera simple y llana: “ningún modelo ni política serán efectivos en esta materia si, además de discriminaciones positivas, medidas asistenciales y políticas focalizadas, no hay transformación y redistribución estructural”¹⁰⁶.

Cambios. La tirante y conflictiva relación entre la democracia y la cultura

Debido a las sutilezas y matices que no se cuestionan, explican o polemizan cuando se habla de la situación cultural en la democracia, es necesario examinar la teoría dominante sobre los intelectuales para observar qué se mantiene vigente y qué no. Igualmente sería útil realizar un balance de los cambios y continuidades del objeto de estudio (el intelectual), para a partir de esta reflexión hacer que la teoría mantenga el paso de su objeto, que la teoría no quede inmóvil ante los cambios reales y constantes del intelectual. Se puede pensar en este ejercicio como una posibilidad de comprender la realidad cultural de las sociedades democráticas, un intento para saber reconocer las contradicciones inmanentes de la democracia en su relación con la cultura. Así, quizá, se pueda entender más sobre la metamorfosis del espacio público, el declive del debate en la esfera cultural y la intelectualidad sin ser tentados a escoger respuestas fáciles, sin dejar de ver los posibles efectos negativos de una democracia que homogeniza, en detrimento, la cultura.

Para ejemplificar la tirante y conflictiva relación entre cultura y democracia,

¹⁰⁶ Manuel A. Garretón, *op. cit.*, p. 153.

me gustaría retomar un ensayo que Tony Judt publicó poco antes de fallecer en *The New York Review of Books*. En este texto, intitulado *Meritocrats*, el autor narra su paso por el *King's College* de la Universidad de Cambridge en 1966. Judt ofrece algunas historias de su juventud, su noción de la universidad y sobre cómo el *King's College* que eligió representaba la meritocracia de una Gran Bretaña de posguerra. La sustancia del escrito no se sitúa tanto en la parte anecdótica como en la reflexión de Judt en torno a la ausencia actual de meritocracia y los efectos negativos que han traído las "reformas" que pretenden combatir el "elitismo" e institucionalizar la "equidad".

Menciono aquí el trabajo de Judt porque en muy pocas páginas y con gran elocuencia llama la atención a dos asuntos que fueron tratados en apartados anteriores. En primer lugar, Judt anima a los lectores a pensar en un fenómeno epocal, aquello que llamé clima democrático, en el que confluyen y se interrelacionan diversos temas como la cultura, la política, la libertad y el entusiasmo generalizado por lo "diferente". En segundo lugar, en *Meritocrats* se sugiere la urgencia de analizar las repercusiones de teorías, ideas y discursos en las reformas educativas y en las políticas públicas que se aplican para combatir ciertos problemas sociales. Estas políticas, soluciones y reformas al no tener claras las contradicciones que se generan en la democracia, suelen resultar, paradójicamente conservadoras, pues no atacan la desigualdad económica de la sociedad y producen nuevas formas de desigualdad.

Antes he mencionado la explicación que da Keith Thomas sobre el cambio en las expectativas, ideales, finalidades de la vida y pautas de conducta de las sociedades a lo largo de la historia humana. Y con una mirada similar, Judt percibe que los jóvenes han cambiado, sabe que las afinidades electivas de su generación son muy distintas a las de los jóvenes de hoy. Las nuevas generaciones de jóvenes, de intelectuales, enaltecen la "diferencia", la libertad como autorrealización y consideran que la meritocracia, el sacrificio y la disciplina son ideales y valores de una época autoritaria que quedó atrás. Lo crítico, disruptivo y revolucionario consiste ahora en decir que todas las teorías,

pensamientos, ideales, valores y verdades de antaño no son más que mitos que destruir. El problema con este relativismo absoluto es que implica, como irónicamente dice un personaje de la novela *El mundo es un pañuelo* de David Lodge, "cortar la rama en la que uno está sentado".

De igual modo, Judt critica que se hayan remplazado las escuelas públicas "selectivas" que proporcionaban una educación de primer nivel para ser sustituidas por escuelas que bajan sus estándares para que todos sean o se sientan "integrados". Se puede pensar que este hecho tiene como consecuencias la proliferación de escuelas privadas de muy bajo nivel (las llamadas escuelas "patito"), que en la mayoría de los casos venden los títulos y certificados de educación básica y superior sin que haya algún tipo de regulación o control por parte del gobierno. Muchas veces estas instituciones educativas se ven presionadas a aceptar a candidatos no calificados y a cambiar en consecuencia el rigor y dificultad de sus programas.

Este empobrecimiento de la educación pública se mezcla con un discurso de "izquierda" que reclama para los jóvenes universitarios no sólo un derecho a la educación sino un derecho a la permanencia en la carrera (e incluso a la titulación), sin que sea un factor importante el cumplimiento de los mínimos requisitos para seguir inscritos en la carrera o para obtener el título. Este interesante revés en los derechos a la educación que se ha dado con la democracia se puede ejemplificar con el caso de la Universidad de La Plata, Argentina, en donde los estudiantes se movilizaron en 2005 en contra del examen de admisión a la universidad, pues consideraban que el examen de admisión era "discriminatorio" e "ilegal"¹⁰⁷. ¿De verdad es así? ¿Se puede pensar que pedir mínimos conocimientos y aptitudes para entrar a una universidad es discriminación? ¿Qué se gana en realidad si las universidades deciden admitir a sus alumnos por sorteo y no por examen? ¿Acaso no implicaría una relajación de estándares, una pérdida de rigor y calidad en los estudios y programas? En este

¹⁰⁷ Véase: Inés M. Pousadela, "Las políticas culturales y las matrices nacionales de cultura política".

panorama, ¿no son los estudiantes los afectados al recibir una educación mediocre? ¿No es posible que el discurso de izquierda que reclama la integración de "todos" a la educación media y superior tenga consecuencias paradójicamente conservadoras? Por ejemplo, ¿no es conservador decir que la gente poco privilegiada merece entrar a la escuela aunque sea a una escuela mala? ¿No sería mejor acaso atacar los privilegios de raíz, desde la desigualdad económica?

No se puede combatir la injusticia, escribe Judt, disfrazándola en instituciones educativas, tratando de borrar las diferentes capacidades y habilidades individuales y eliminando cualquier tipo de meritocracia. Estas "estrategias" o políticas lo único que logran es crear nuevos tipos de desigualdades y olvidar la necesidad de resolver la desigualdad económica.

Indicios

De las conclusiones que he mencionado hasta ahora me gustaría ahondar en dos de éstas, ya que considero que son indicios particularmente interesantes y que merecen ser investigados posteriormente a profundidad.

El primer tema que quiero rescatar es el de la falta de una agenda política alternativa seria y a largo plazo en las sociedades democráticas. El relativismo y la corrección política que he comentado en este trabajo en diversas ocasiones se traducen en una ausencia de agendas alternativas, en cierta dificultad para pensar seriamente nuevos proyectos colectivos que sean críticos con la democracia y que por dicho impulso crítico la mejoren.

Muchas de las nuevas formas de hacer política y de participar tienen más que ver con los intereses individuales que con los de la sociedad. Así, el bien particular se prolonga y se demora el bien general. Este giro hacia lo privado ha transformado las concepciones del futuro, las sociedades democráticas depositan sus esperanzas en la autorrealización y autodeterminación, haciendo a un lado la posibilidad de que se exista una visión utópica en términos colectivos. Las utopías políticas han enriquecido el imaginario político de las sociedades desde hace

siglos, y actualmente sin una visión del futuro en términos sociales es muy difícil hacer un diagnóstico y una crítica a la democracia que tenemos.

El problema no es que haya llegado el fin de la historia como anunció Francis Fukuyama en 1989 y no existan proyectos viables alternos a la democracia, sino que dentro de la sociedad actual es difícil pensar en otros proyectos, el problema es el imaginario político de nuestra sociedad. Sartori confirma esta idea y apunta que “dentro de todo el vocabulario actual de la política no contamos con un término para «lo imposible»; y, si lo imposible carece de denominación, tampoco puede delimitar «los posibles»”¹⁰⁸.

Si las utopías, los proyectos a largo plazo, la capacidad de ver la realidad y sus posibilidades comienza a desaparecer, es necesario recuperarlas, pues como Jeffrey Alexander escribe, cada periodo histórico necesita una narrativa que defina su pasado en términos del presente, y sugiera un futuro que sea fundamentalmente (e incluso) “mejor” que lo contemporáneo.

El segundo aspecto que me parece merece mayor atención por parte de la sociología es el análisis de la transformación que ha significado la democracia en términos de los valores individuales y colectivos, así como de los objetivos y sentidos que se le da a la vida.

Uno de estos cambios significativos que ha traído la democracia, a distintos niveles, grados e intensidades, es una transformación en la estructura misma de valores sociales. Esta hipótesis de cambio en las expectativas de vida de los individuos, la autorrealización y autodeterminación ha sido sostenida por autores como Ronald Inglehart¹⁰⁹ y ha sido documentada a través de encuestas como la *World Values Survey* o el *Latinobarómetro*, así como en los informes realizados por el PNUD. Ronald Inglehart, tomando en cuenta este clima social y político, acuñó el concepto de “postmaterialismo”, con el cual planteaba el surgimiento de

¹⁰⁸ Giovanni Sartori, *op. cit.*, p. 90.

¹⁰⁹ Ronald Inglehart, *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics*.

una tendencia de cambio cultural resultado del aumento generalizado de la seguridad económica que dirige a una sociedad orientada hacia los ideales de autorrealización y autodeterminación.

Si existen pruebas de que la democracia ha reajustado el mapa de valores de las sociedades, resulta entonces claro que para comprender la transformación de las expectativas individuales y sus implicaciones en una esfera social y política más compleja, es necesario situar el problema en el contexto de la democracia, así como de los valores, códigos, prácticas e ideas que trae consigo. Pero sobre todo es esencial tener una perspectiva histórica de larga data para comprender este fenómeno.

Me parece primordial estudiar el efecto que tiene en el espacio político y social la transformación y alteración de los puntos de orientación y expectativas individuales de las personas, pues este cambio de pensar el futuro, a un nivel más personal, no es una cuestión menor; al contrario, afecta las concepciones de futuro como sociedad, no renueva ni enriquece el imaginario político y social. El pujante individualismo provocado por la democracia es un tema poco explorado y de suma importancia para las ciencias sociales. Además este fenómeno permite observar el cruce entre un proceso estructural y un proceso individual, es decir, acercarse a estudiar este tema posibilita observar de qué manera un proceso estructural (la democracia) influye en la vida cotidiana de las personas y transforma sus códigos, hábitos, expectativas y sentidos de vida. Asimismo, se puede apreciar cómo estas transformaciones a nivel individual influyen en la construcción cierto tipo de imaginario colectivo que determina hasta cierto punto las posibilidades e imposibilidades de la democracia.

En estas conclusiones me he inclinado a destacar estas dos derivas o indicios específicos, pero queda pendiente una larga lista de temas a ser atendidos y discutidos con mayor cuidado. Discutir cómo construimos las interpretaciones de nuestro presente nos facilita comprender nuestro pasado, pero sobretodo nos ayuda a pensar en el futuro y sus múltiples posibilidades.

Bibliografía

- Aguilar Rivera, José Antonio, *La sombra de Ulises. Ensayos sobre intelectuales mexicanos y norteamericanos*, Porrúa-CIDE, Ciudad de México, 1998.
- -----, “El enclave y el incendio”, en *Nexos*, núm. 374, enero 2009.
- -----, *El sonido y la furia. La persuasión multicultural en México y Estados Unidos*, Taurus, 2004.
- Álvarez Mendiola, Rubén, “Los medios de comunicación como espacios públicos”, en Merino, Mauricio (coord.), *¿Qué tan público es el espacio público en México?*, FCE, Ciudad de México, 2010.
- Alexander, Jeffrey, *Fin de Siècle Social Theory: Relativism, Reduction, and the Problem of Reason*, Verso, Londres, 1995.
- Arditi, Benjamin, “Política viral”, <http://www.magis.iteso.mx/node/248>
- Aron, Raymond, *El opio de los intelectuales*, Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, s.f.
- Bartra, Roger, “La abeja, la araña y las moscas”, en *Fractal*, núm. 63, octubre-diciembre 2011.
- Baudrillard, Jean, *The Mirror of Production*, Telos Press, Nueva York, 1975.
- Bauman, Zygmunt, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, posmodernidad y los intelectuales*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2005.
- -----, “The Great War of Recognition”, en Lash, Scott y Featherstone, Mike, *Recognition and Difference: Politics, Identity, Multiculture*, SAGE Publications, California, 2002.
- Benda, Julian, *La traición de los clérigos*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2008.
- Berman, Paul, *Debating P.C. The Controversy over Political Correctness*, Dell Publishing, Nueva York, 1992.
- Berlin, Isaiah, *Sobre la libertad*, Alianza, Madrid, 2004.

- Bloom, Harold, *El canon occidental*, Anagrama, Barcelona, 2009.
- Bourdieu, Pierre, *Intelectuales, política y poder*, Eudeba, Buenos Aires, 2005.
- Briggs, Asa y Burke, Peter, *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*, Taurus, Ciudad de México, 2006.
- Camps, Victoria, “El ejercicio cívico de la libertad de expresión”, en Camps, Victoria (ed.), *Democracia sin ciudadanos. La construcción de la ciudadanía en sociedades liberales*, España, Trotta, 2010.
- Carretero, Reyna, *Indigencia trashumante. Despojo y búsqueda de sentido en un mundo sin lugar*, UNAM-CRIM, Cuernavaca, 2009.
- Conell, R.W. y Crawford, “Are we postmodern yet? The cultural politics of Australian intellectual workers”, en *Political Science*, vol. 40, núm.1, agosto 2006.
- Dahrendorf, Ralf et. al., *La democracia en Europa*, Alianza, Madrid, 1993.
- Darnton, Robert, *The Case of Books. Past, Present and Future*, Public Affairs, Jackson, 2010.
- Dewey, John, *La opinión pública y sus problemas*, Ediciones Morata, Madrid, 2004.
- Elias, Norbert, *Conocimiento y poder*, Ediciones La Piqueta, Madrid, s.f.
- Escalante Gonzalbo, Fernando, *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*, Colegio de México, Ciudad de México, 2007.
- -----, “El escándalo interminable. Apuntes sobre el sistema de opinión pública”, Loaeza, Soledad y Jean-François Prud’homme (Coords.), *Los grandes problemas de México. Instituciones y procesos políticos*, Colegio de México, Ciudad de México, 2010.
- Eyal, Gil y Buchholz, Larissa, “From the Sociology of Intellectuals to the Sociology of Interventions”, en *Annual Review of Sociology*, vol. 36, agosto 2010.
- Foster, Hal, *La posmodernidad*, Kairós, Barcelona, 1985.
- Fraser, Nancy, “From Redistribution to Recognition? Dilemmas of Justice in

- a Postsocialist Age Condition”, en *New Left Review*, vol. 1, núm. 212, julio-agosto 1995.
- ----, “Justice Interruptus: Critical Reflections on the Postsocialist Condition”, en *Hypatia*, vol. 15, núm. 1, invierno 1999.
 - Furedi, Frank, *Where Have All the Intellectuals Gone?*, Contunnum, Londres, 2004.
 - Garretón, Manuel A., “Igualdad: dimensiones, luchas y pactos sociales” en Casas, Rosalba y Carton, Hubert (coord.), *Democracia, conocimiento y cultura*, IIS, 2011.
 - Goldfarb, Jeffrey C., *Los intelectuales en la sociedad democrática*, Cambridge University Press, Madrid, 2000.
 - Gubern, Román, *El eros electrónico*, Taurus, Ciudad de México, 2009.
 - Habermas, Jürgen, *Ensayos políticos*, Península, Barcelona, 2002.
 - Honneth, Axel, “Recognition or Redistribution? Changing Perspectives on the Moral Order of Society”, en Lash, Scott y Featherstone, Mike, *Recognition and Difference: Politics, Identity, Multiculture*, SAGE, Estados Unidos, 2002.
 - Inglehart, Ronald, *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics*, Princeton University Press, 1977.
 - Inglehart, Ronald y Welzel, Christian, *Modernización, cambio cultural y democracia: la secuencia del desarrollo humano*, Centro de Investigaciones sociológicas, Madrid, 2006.
 - Innerarity, Daniel, “Democracia sin política”, en *El País*, Madrid, 20 de febrero de 2014.
 - Jacoby, Russell, *The End of Utopia. Politics and Culture in an Age of Apathy*, Basic Books, Nueva York, 1999.
 - Judt, Tony, *Reappraisals. Reflections on the Twentieth Century*, The Penguin Press, Estados Unidos, 2008.
 - Kant, Emmanuel, *Filosofía de la historia*, FCE, Ciudad de México, 2006.
 - King, Gary, Keohane, Robert y Verba, Sidney, *El diseño de la investigación*

- social. La inferencia científica en los estudios cualitativos*, Alianza, Madrid, 2000.
- Kumar, Krishan, “El apocalipsis, el milenio y la utopía en la actualidad”, en *La teoría del apocalipsis y los fines del mundo*, Bull, Malcolm (comp.), FCE, Ciudad de México, 1998.
 - Lasch, Christopher, *La rebelión de las élites y la traición a la democracia*, Paidós, Barcelona, 1996.
 - Le Goff, Jacques, *Los intelectuales en la Edad Media*, Gedisa, Barcelona, 2001.
 - Lipovetsky, Gilles y Serroy, Jean, *La pantalla global. Cultura mediática y cine en la era hipermoderna*, Anagrama, Barcelona, 2009.
 - Lippmann, Walter, *Public Opinion*, The Free Press, Estados Unidos, 1965.
 - Lodge, David, *Intercambios*, Anagrama, Barcelona, 1997.
 - -----, *La vida es un pañuelo*, Anagrama, Barcelona, 1996.
 - -----, *Buen trabajo*, Anagrama, Barcelona, 1997.
 - Lomnitz, Claudio, “Cuatro miradas (de rata) a la nueva tecnología”, en *Congreso Internacional del Mundo del Libro. Memoria*, FCE, Ciudad de México, 2009.
 - Luhmann, Niklas, “La así llamada posmodernidad”, en *La sociedad de la sociedad*, Paidós, Barcelona, 2010.
 - Mair, Peter, *Política comparada: Una visión general*, Istmo, Madrid, 2001.
 - Molano, Ignacio, *Cuando hablan de cultura. El mito de lo cultural en el nuevo espacio público*, Creaciones Vincent Gabrielle, Madrid, 2013.
 - Munck, Gerardo y Richard, Snyder, “El pasado, presente y futuro de la política comparada: un simposio”, en *Política y gobierno*, vol. XII, núm. 1, 2005.
 - Norris, Pippa, *Democratic Deficit. Critical Citizens Revisited*, Cambridge University Press, Estados Unidos, 2011.
 - O’Donnell, Guillermo *Democracy, Agency and the State. Theory with Comparative Intent*, Oxford University Press, Londres, 2010.

- -----, *Disonancias. Críticas democráticas a la democracia*, Prometeo, Buenos Aires, 2007.
- Olvera, Alberto J., *La sociedad civil. De la teoría a la realidad*, Colegio de México, Ciudad de México, 2001.
- Piglia, Ricardo, *Crítica y ficción*, Anagrama, Barcelona, 2001.
- Platón, *La república*, Editorial Porrúa, Ciudad de México, 1984.
- Posner, Richard A., *Public Intellectuals. A Study of Decline*, Harvard University Press, Estados Unidos, 2003.
- Postman, Neil, *Amusing Ourselves to Death*, Penguin Books, Nueva York, 2005.
- Pousadela, Inés M., "Las políticas culturales y las matrices nacionales de cultura política", en Grimson, Alejandro (compilador), *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*, Edhasa, Buenos Aires, 2007.
- *Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Nuestra democracia*, FCE, OEA y PNUD, Ciudad de México, 2010.
- Prud'homme, Jean-Francois, *Demócratas, liberales y republicanos*, Colegio de México, Ciudad de México, 2000.
- Przeworski, Adam, *Qué esperar de la democracia. Límites y posibilidades del autogobierno*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2010.
- Rodríguez Ferrándiz, Raúl, *Apocalypse Show. Intelectuales, televisión y fin de milenio*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2001.
- Rousseau, Jean-Jacques, *El contrato social*, Altaya, Madrid, 1993.
- Said, Edward, *Las representaciones del intelectual*, Paidós, Barcelona, 1996.
- Sánchez Cuenca, Ignacio, *Más liberalismo y menos democracia*, Katz, Madrid, 2010.
- Sartori, Giovanni, *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, Taurus, Madrid, 2001.
- -----, *Teoría de la democracia. I. El debate contemporáneo*, Alianza, Madrid, 1993.

- Sauca, José María y Wences, María Isabel, *Lecturas de la sociedad civil. Un mapa contemporáneo de sus teorías*, Trotta, Madrid, 2007.
- Sen, Amartya, *Development as Freedom*, Anchor Books, 1999.
- ----, *El valor de la democracia*, El Viejo Topo, Madrid, 2006.
- Sennett, Richard, *El declive del hombre público*, Anagrama, Barcelona, 2011.
- Simone, Raffaele, *El monstruo amable*, Taurus, Ciudad de México, 2012.
- Somuano, María Fernanda, *Sociedad civil organizada y democracia en México*, Colegio de México, Ciudad de México, 2011.
- Sousa Santos, Boaventura de, “La democracia revolucionaria, un proyecto para el siglo XXI”, en *Revista internacional de filosofía política*, núm. 35, 2010.
- Thomas, Keith, *The Ends of Life. Roads to Fulfillment in Early Modern England*, Oxford University Press, Estados Unidos, 2010.
- Tilly, Charles, *Democracia*, Akal, Madrid, 2010.
- Tocqueville, Alexis de, *El antiguo régimen y la revolución*, FCE, Ciudad de México, 2006.
- -----, *Democracy in America*, Library of America, Estados Unidos, 2004.
- Vargas Llosa, Mario, *La sociedad del espectáculo*, Alfaguara, Ciudad de México, 2012.
- Vázquez Almanza, Paola P., *Intelectuales, conocimiento y poder*. Tesis de licenciatura. México, FCPyS, UNAM, 2011.
- Whitehead, Laurence, *Democratización. Teoría y experiencia*, FCE, Ciudad de México, 2011.
- Zaid, Gabriel, “Oficio y vocación”, en *Letras Libres*, núm. 90, marzo 2009.